

En el futuro los coches no vuelan

siete Pisos

Título original:
En el futuro los coches no vuelan

Esta obra ha sido ganadora del I Premio "Siete Pisos" de Novela Corta.

© Del texto: I.J. Hernández, 2019.
© De la edición: Editorial Siete Pisos, 2019. Olimpiada noventa y dos, nº8. Malpartida de Plasencia. 10680 Cáceres.
© Del diseño de cubierta:Editorial Siete Pisos.
CC Imagen de portada.

Impreso en Estugraf Impresores S.L Ciempozuelos. Madrid.
ISBN: 978-84-949955-2-1
Depósito legal: CC-000088-2019

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio o procedimiento mecánico, electrónico o de otra índole, sin la autorización previa del editor.

En el futuro los coches no vuelan

~

I.J. Hernández

siete Pisos

A Hugo, el guardián de todos mis futuros

Placenta Sioux

Yo soy mi propio abuelo viendo
a mi infancia jugar.

Félix Francisco Casanova

Cuando se trata de salvar el pellejo, uno debe espiarse a sí mismo para entender al enemigo como alma que se lleva el diablo. Antes era un hombre, un perfecto diccionario de incorrecciones: curvilíneo, áspero, insomne. Adoraba los calcetines amarillos y la lluvia enmarañada. Hacía ganchillo con sueños de otros. Me chiflaba la niebla. Sí, los días tristes eran mis días felices. La derrota me perdía. Fan de los reinos usurpados por hordas de alcohólicos anónimos, amante de la poesía que te rompe los huesos con versos de martillo, sombra de los atascos *pitillo en mano* y de las tormentas que andan a rastras como serpientes resucitadas (Dios sabe si en botas horteras o en cinturones siempre demasiado apretados). Sólo un hombre, uno de tantos descarriados hijos de Dios. Ahora, en esta funesta hora de maquiavélicas incertidumbres, soy un maldito androide; una cosa muy rara, esa clase de androide que sueña con ovejas eléctricas que se dan por el culo para recargarse, quién sabe si el alma o sus hermosas pezuñas de replicante; pero como todo bicho viviente, consciente o ciertamente inconsciente del lugar que ocupa en el

mundo de los vivos, que sobrecogido contempla el paso del tiempo en los males que lo asolan y lo empequeñecen, o en los instantes maravillosos e inolvidables que cada cual guarda a su manera, fui niño. Un niño insultantemente feliz. Este síndrome de cambio espacio-temporal a toda hostia comprime mi memoria, por eso tengo la sensación de que los hechos narrados en este libro jamás sucedieron. ¿Cómo hablar de uno mismo cuando se es otro? Quizá con la poesía la mente humana alcance el horizonte de sucesos antes de que nada suceda, y en un santiamén sideral, todo se vaya a la mierda. El programador me dice que debería haber leído más a Michel Houellebecq y menos a Philip Roth. Le digo que soy más de Bolaño, y que ya es tarde para robar libros en la biblioteca pública, y que la noche es oscura, y que la iluminación en los edificios culturales invita al fado y a la ceguera. También le digo que la distancia es muda, insalvable, despiadadamente irresoluble. Añado, ensimismado en la contemplación de una estrella fugaz que araña el cielo, que Félix Francisco Casanova, natural de la isla de La Palma, es el mejor poeta nacido de un volcán; dueño de una melena cojonuda, que ya quisieran para sí los poetas nacidos a las faldas del *establishment* terrenal. <<¿Cómo quieres que te llame?>>. Misisipi, a secas. Me dice que el río Misisipi era el segundo río más largo de América del Norte. Sonrío a duras penas, como si me aproximara a una catarata y no supiera nadar, volar. Le digo que es un

mote, que de niño, cuando me ponía nerviosito *perdio*, me orinaba encima, como uno de esos cacharros que coleccionan refranes y goteras. Me dice que todos tenemos un pasado. Algunos se ahogan y otros son rescatados. Pregunto (siempre fui una pregunta) cómo pudo convertirse la luna en un jodido grano en el culo. Una luz espectral, entre un arco iris y una bomba nuclear, ilumina nuestras palabras, que flotan, como pompas de jabón, en el aire de la noche más larga y afligida. El programador afirma que la luna nunca estuvo allí, propiciando la estabilidad y las mareas, las miradas románticas o las desgarradoras transformaciones del hombre lobo. Si hubiera podido pellizcarme, me hubiese arrancado el brazo. Mientras los escritores norteamericanos se afanaban en escribir la gran novela americana, Kubrick la filmaba. La luna era un espejismo, un holograma proyectado en las retinas *bidimensionales* de los primeros hombres. En lo que respectaba a la poesía, había desaparecido del mundo hace mucho, absorbida por un gigantesco agujero de gusano. Toso. Es una tos seca, deprimente, perdidamente desértica. No suena a mí, a esa tos asmática que me acompaña desde la más tierna infancia. Le digo que la poesía no pudo desaparecer. Las cosas importantes son inmortales, de lo contrario, ¿qué diablos pintamos aquí? Vuelvo a toser y le pregunto si Dios existe. Responde que Dios es el tiempo. ¡Joder! Pienso en aquello de que con el tiempo nos convertimos en nuestros viejos.

Le digo que necesito a Dios a todas horas. Me dice que no hay tiempo, que pronto sonarán las alarmas. Suplico, rezo, emito un sonido afín al procesamiento espectral de los aros de Saturno, como si Bob Kaufman esparciera en mi garganta todos los versos prohibidos que enterró en San Francisco. La noche deja de ser triste, ahora es peligrosa, como las noches en las que bailábamos en pelotas bajo la lluvia, en el parque del barrio. En realidad, sólo nos bajábamos los pantalones y les enseñábamos el trasero a los maderos. ¡Viva México, cabrones!, aullábamos a una luna de mentira. No estábamos en México, claro; lo importante era el paisaje, el agujero negro, lo que callamos. Suenan las alarmas. El programador revela que un *Original* me busca, que por eso y no por haberlo dicho, han sonado las alarmas. Insinúa que los de mi calaña no pueden viajar en el tiempo. Gilipolleces, rujo. El programador afirma que los hombres de mi tiempo eran *demasiado* impacientes, demasiado superficiales, demasiada poca cosa para tanto demasiado, pero tenían su aquel. Cómo explicarlo: un sentido del humor muy humano, casi divino, algo que se perderá con el paso del tiempo hasta desaparecer. Me pregunta qué es una gilipollez. Respondo que su pregunta es una gilipollez. Me invita a exhibir en la nueva realidad una sonrisa de oreja a oreja, aunque mi boca ya no sea mi boca y mis oídos sólo escuchen sus palabras. Agradecer el prodigioso destino que me han programado es senda ineludible para

entender lo incomprensible. <<La mayoría de tus congéneres fueron expulsados de las Placentas, no resucitados, convertidos en lectores *semanticósmicos* o en radares antivirus. Muchos se suicidaron…>>, comenta mientras proyecta en el aire la caída de las Torres Gemelas. Salgo de allí con una depresión de caballo, pero es lo mejor que tengo desde que he despertado. Los robots araña me persiguen. El programador me convida a salir pitando, canturrea, grita que corra como si aún deambularan en caóticas manadas los perros asesinos del siglo XXII. ¿Cuál es la fecha límite? El programador responde que todo lo que tengo que saber está en el módulo funeral de las historias jamás contadas. <<Anomalías cósmicas codificadas>>, susurra a lo lejos con la voz de Ian Curtis. ¡Me cago en todo lo que se menea! ¡Los robots araña corren que da miedo y yo gateo! <<Pasarás veintinueve días leyendo tus propias pesadillas. Tranquilo, son tuyas. Luego, serás devuelto. No hagas tonterías. Debes ponerle título al *informe*. Redactarlo con precisión. De lo contrario, tu indolencia será calificada de anomalía estándar en fase Beta. Te pondrán a leer informes de *templarios* o *infieles* hechos prisioneros en el encarnado fulgor de las Cruzadas. No es recomendable tanto, tanto, tanto dolor. Te inocularán historias espeluznantes, de absoluta oscuridad. *La rueda de despedazar* será tu primera experiencia religiosa. La gente de la época prefería que Satanás los alejara del mundo de los vivos a mordiscos. Los

torturadores no se andaban con chiquitas. Manejaban con excelsa habilidad el proceso de putrefacción de la carne; se masturbaban con el olor y el color y el sabor de la sangre, se retorcían de gusto al contemplar la desmembración del ser; el ritmo, la cadencia, la pausa del dolor soberano. Los torturados sufrían la pesadilla de todas las pesadillas: amar a la muerte con un cuerpo que ya no les pertenecía>>. ***Informe sobre el hijo bastardo de Harry el sucio.*** Noche **A**. En mis pesadillas era el hijo bastardo de Harry el sucio. Mi cuerpo olía bien. A jazmín, a versos adolescentes. Mi mirada, en cambio, era terriblemente hedionda. Noche **B**. Nací en la húmeda hierba. Recuerdo el olor. La sonrisa del arco iris alejándose, abriéndose paso entre tinieblas. Los pájaros haciendo sus nidos en mis ojeras. El cordón umbilical y el hilo telefónico. El humo. En definitiva, el ser deslizándose ladera abajo por la hierba, ya seca. Noche **C**. Gelatina. Los calcetines sudados de un alpinista. El King Kong de los yonquis. Así me sentía. Noche **D**. Ella, en alguna parte de mí, se recoge el pelo. Noche **E**. De cuclillas, suplicando por su vida. El aire, rancio. El cielo gris asfalto. La constelación de Orión burbujea. El tipo apaga el cigarrillo en las venas de la noche. *Roma al revés es amor*, lee en un cartel de carretera hundido entre dunas de escorpiones. Noche **F**. La sed es la forma más brutal de la nostalgia, pues somos almas acuáticas flotando en cuerpos de barro; dijo el pescador, recogiendo sobrecogido las esca-

mas de una sirena varada en el Mar Muerto. Noche **G**. Me muero por tus besos: millones de bacterias colonizando nuestras bocas extrañas como si no hubiera un mañana. Noche **H**. ¡Sal de mí!, repetía Aristóteles aquella noche; ahogado, acaso iluminado por la ebullición de las ideas más puras, en el más profundo de los sueños líquidos. Al día siguiente, el polímata griego fabricó el primer evaporador de la historia. Noche **I**. Soñaba que despertaba de una pesadilla. No había monstruos de esos que te dejan hecho papilla. Había un universo en expansión, y un "yo" que implosionaba. Lo demás es mentira. Créeme. Noche **J**. Un suspiro. A eso se resume todo. Así respira la nada; como un oso hibernando en una cueva oscura, con un lejano y frío punto de luz. Noche **K**. Estos días leo más que nunca. En las etiquetas de mi ropa hay huellas de niños. Dedos que pueden alcanzar las estrellas. Dedos cubiertos de podredumbre. Soy cómplice. *Maldita dulzura*, canta Vetusta Morla. Noche **L**. Hubo un tiempo en el que los seres humanos se comunicaban por telepatía. Las guillotinas se pusieron de moda. Un silencio magnético devoró el mundo. Noche **M**. Dos casi enamorados sentados en un acantilado. Se lamen las heridas. Amanece. Noche **N**. Como dos animales salvajes que persiguen a una misma presa. Así nos comunicábamos. Así nos extrañábamos. Noche **Ñ**. Le arrancó los ojos a su enemigo. Masticó la córnea de la victoria. No sabía a pollo. Lloró por los dos. Noche **O**. El encuadre

era sobrecogedor: un tipo renaciendo en la ceniza de un cigarrillo, una Underwood 1926 narrando sombras en papel mojado; y un viejo y sucio y hermoso calendario de Playboy. Noche **P**. He visto a las mentes más brillantes de mi generación convertidas en aspiradoras galácticas. Noche **Q**. No sabía qué decir. Y lo dije. Al instante, mi realidad se derrumbó, como si un planeta del tamaño de Júpiter me hubiera partido en dos. Entonces, escribí en el cuerpo celeste úlceras de esperanza, tergiversaciones históricas modulares, metáforas corpóreas, halagos viscerales… ¡Qué tonterías digo! Noche **R**. Una mezcla entre Forrest Gump y el Hijo del Viento. Todas las noches revivía el mismo sueño. Me pellizcaba el alma y la antimateria centelleaba o puede que no ocurriera nada del otro mundo. Luz, puedo olerla. Siempre hay una esquina donde el tiempo se detiene o se prolonga. Te huelen los pies, gritó la sombra. Oí. Hui. Noche **S**. Le dije que los vampiros viven entre nosotros. Les chiflan los helados de fresa, la siesta, los atascos y los poemas de Rimbaud. Se lo pasan pipa haciendo el amor en medio de las tormentas y, nunca, nunca, se tiran a la nuca de los seres legendarios que inventaron el gofio. Noche **T**. Si la realidad te clava un puñal por la espalda, escribe con el puñal. No te desangres. La sangre no se borra de la memoria. Noche **U**. Lee. Como si estuvieras entre Bruce Lee y Kareem Abdul-Jabbar en *Juego con la muerte*. Noche **V**. Suena Disorder. Hay gente bailando y gente viendo a

gente flotar. Hay gente ausente y gente para todo. Los tristes bailan raro, de una forma, digamos, desentrenada. Los alegres piden copas para alegrar a los tristes. Éstos, tienen los pies largos o las ligas de sus zapatos desatadas. Se pisotean. Lluvia de copas. Se arma la de dios. No hay paz para los pisoteados. Noche **W**. Soñé con playas de cristal. La luz se reflejaba en el sueño y mi cuerpo absorbía el color. Era hermoso. Andar sobre los cristales rotos sin sentir dolor. Noche **X**. Me han salido úlceras en las palmas de las manos. He pensado en los estigmas de Jesucristo pero no soy cristiano. He pensado en la levadura de la cerveza tragándose mi sed. He intuido, que tal vez, no sean más que garabatos de un dios que nunca quiso dejar de ser niño. Noche **Y**. Desperté. Y continué leyendo informes del pasado. Noche **Z**. Mi vida… pasada, presente y futura, es el abecedario de las palabras inexactas, inclasificables, inexistentes. Tengo miedo.

La nave
(1990-1992)

Y si de pronto,
al tercer día de un nuevo año,
mientras tomamos un café a cuatro labios
en la isla del tesoro de los pobres
o bajo el cielorraso de un palacio en ruinas,
un androide nos demuestra
que el tiempo es un invento del ser humano…
¿no estaríamos obligados a inventar un tiempo
mejor?

Misisipi
(Texto extraído de su cuaderno de notas)

Entonces no sabíamos que éramos vagabundos del destino salvaje, brindando, con vasos vacíos, por todos los espíritus de la ciencia ficción; con la estúpida convicción de que nos comeríamos el mundo, más pronto que tarde. Era tarde, casi la una de la mañana, cuando descubrimos la nave, diseñada por algún ente desconocido al que deseábamos conocer con todas nuestras fuerzas visibles e invisibles. Hela, mimetizada con el mundo real, entre la ciudad de La Laguna y el Monte de La Esperanza (Tenerife, Islas Canarias). Aparcamos las bicicletas tras un antiguo cobertizo porcino. Nos miramos como si nunca hubiéramos contemplado a otro ser humano, como si nunca nos hubiésemos reconocido en el otro con los ojos abiertos. Entonces las vimos. Luces. Refulgentes, verticales, cegadoras. Nos subimos a las bicicletas y pedaleamos. Subir y bajar. Mover el esqueleto. Caer. Dignificar el movimiento. Estremecerse. Avanzar. Mantenerse. Lamerse las heridas. Levantarse, ser movimiento. Uno nunca olvida montar en bicicleta, como tampoco desaparece, huye, se evapora de la memoria de una madre el día que de-

nuncia la desaparición de su hijo de diez años a las autoridades. Aquel día fue para ella igualito a otro de tantos días peores. <<Estado de shock>>, dijo el médico. Laboratorio, ratas, laberinto de espejos. Mamá había dejado de fumar las navidades pasadas, después de que un petardo estallara en aquellas mis manos. No dejó huella, así que a la mierda (en aquella época nos molaban las suturas sangrantes que evolucionaban a cicatrices de tipos malos que te cagas). Apenas unas llagas minúsculas, un dolor pasajero, hinchazón, risas varias, lágrimas agarrotadas y un breve episodio de sordera. Mamá se culpó. La gente dice que los adultos se culpan por todo, todo el tiempo; lo cierto es que la culpa nunca madura lo suficiente para decir que la culpa es de todos, como un renacuajo que eclosiona en la boca de un cocodrilo. Al octavo cigarrillo seguido, dijo diablos, la culpa es del maldito mechero o puede que sólo me arreara un guantazo y la frase hubiera escapado de mi boca como el humo de la suya. Días enteros repitiendo la misma condenada palabra. También repetía una frase: <<He matado al mono>>. Pero no era cierto. Yo veía a King Kong trepando por su moño, agarrándose ferozmente a los restos de nicotina desperdigados por su cabello. Nunca olvidaré aquella palabra. Bella y horrenda a la vez. Tras pronunciarla, con un timbre incendiario, prendía un cigarrillo tras otro. Por esa época podría decirse, sin temor a quemarnos la lengua, que mamá era la mujer que más fumaba del planeta.

Los borrachos del barrio la llamaban de aquella manera. Enterró los mecheros y compró cerillas, pequeñitas, muy monas, biodegradables, para no joder al planeta más de la cuenta. Cuando terminaba de pronunciar la *palabra*, la envolvía con volutas de humo. Era hermoso; más bien patético. Busqué *deflagración* en mi pequeño diccionario Iter Sopena, en cuya portada aparecían banderitas de países hispanohablantes y un título maravilloso: *Diccionario ilustrado de la lengua española*. Llegué a casa. Temblaba, como en aquel sueño en el que visitaba a Papa Noel y la capa de hielo se descomponía en mil pedazos y mi cuerpo se sumergía en una sustancia viscosa, fruto del nefasto drenaje de lágrimas y mocos de niños pobres o malos o más pobres que el diablo, que al no recibir su regalo hacían lo que hacían porque sabían que el que no llora no mama. Y despertaba. Y sabía que el cabrón de Papa Noel no me rescataba porque sólo era un sueño. Él y su trineo y su reno de mirada siniestra y su cuadrilla de enanos cantarines. No podía quitarme de la cabeza la dichosa palabra, que achicharraba otras palabras dejando tras de sí una hilera de cadáveres. Pese al fuego intencionado, necesitaba mi dosis de calor. Me sentía como un pirómano en Laponia. No valían las cerillas, tampoco los mecheros, ni siquiera la palabra lanzallamas tatuada en la frente del primer pirómano depresivo en la historia de Laponia. Mi madre, entretanto, me agasajaba como si mi cuerpecito hubiera nacido en ese instante. Luego,

se sentó frente a mí. En la sala de estar, aunque yo pareciera no estar allí. Sombras dentro de sombras sin forma. La luz de la lámpara del techo ilumina mi pánico escénico. Interrogatorio de película independiente. Luz tenue de una lámpara que sólo proyecta haces de luz, miradas atadas al plano corto. El temblor sobrevino. Mi madre me cogió de la mano, como si fuera un alambre que hubiera escapado de un colchón diseñado para no pegar ojo. Hizo tantas preguntas que no recuerdo ninguna. Supongo que todo se resumía a una, que podía ramificarse hasta florecer y cubrir de frutos pochos mi careto de imbécil: <<¿Dónde coño estabas…?>>. Y luego la coletilla más repetida en la historia de la humanidad: <<…por el amor de Dios>>. Mi madre hizo una cena para chuparse los dedos. Nadie comió. Les dije que habíamos encontrado una nave. Dijeron: ¿Qué? Dijeron: ¡Oh, Dios! Dijeron: Siéntate, por favor. Una nave de algún ente desconocido al que deseábamos conocer con todas nuestras fuerzas visibles e invisibles. Mi padre se sirvió una copa. Mi madre resopló, como si quisiera apagar de una vez por todas las luces de mi imaginación. Quizá sea un proyecto ultrasecreto del gobierno, pero, probablemente, nunca lo sabremos. Mis padres se miraron. Buscaron consuelo el uno en el *otro*. Desconozco si lo hallaron. Pensé que pensaron que el gen que se había apoderado de mí, ese gen destinado a discernir entre la realidad y la ficción, entre la locura y la cordura, debía hallarse en los genes del

otro. Recogieron los platos, sincronizadamente, como gemelos cebados por la mista teta. Aún rezumaba humo de los platos. El silencio se apropió del espacio. Pasados unos minutos, el espacio devoró al tiempo. Canibalismo endogámico. Esa sensación de trágame tierra o vomítame en un hermoso rincón de la galaxia. <<Mírame, a los ojos. ¡Qué nave ni que ocho cuartos! Soy tu madre y a tu madre puedes contárselo todo… ¡joder, que para eso soy tu madre! Cuéntame con pelos y señales lo que viste>>. Nadie tiene pelos en la lengua. Hablé. Le dije que había visto las luces cegadoras de Silvio Rodríguez, elevarse y descender en un pestañeo, explotando como mil auroras boreales. Mi madre se levantó. Pensó en cuánto le gustaba aquella canción. Hizo ademán de besarme, tal vez, bailar, pero los besos reales no pueden pensarse ni el baile sin música sentirse. Se puso a fregar la loza, con la mirada perdida, como si hubiera visto a la abuela, ya difunta, pasear en pelota picada por la acera vecina. Mi padre hizo desaparecer otra copa de vino. Qué bueno era el tío. Me guiñó el ojo. Pensé que algún día, cuando tuviera su edad y fuera mi hijo el receptor de la señal, tal vez, y sólo tal vez, podría descifrar el mensaje en clave de cualquier movimiento ocular. Una noche, agasajado en una de esas sombras inhallables en el atrezo nemotécnico, escuché a mi madre decir cosas que lo dejan a uno sin ganitas de nada. Mi viejo le dijo que llevarme al loquero era una locura, que el niño no estaba loco, quizá

enamorado; quién sabe, a esas edades es fácil alejarse de la realidad, y cuando una chica te gusta, la noción del tiempo y el espacio cambia. El *cachondismo*, dijo, es un factor determinante en la evolución humana. No podemos cargárnoslo así como así. Cuando te enamoras o se te pone dura en el baile de fin de curso o en un funeral, sientes que el destino te tritura los huevos. Y tienes que apretar los dientes, cariño, aguantar, porque te estás convirtiendo en un hombre hecho y derecho. Ustedes tienen la regla y nosotros el dolor de huevos, *pa volverse loco*… Menos mal que para esos trastornos del alma los macacos inventaron las pajas. No fui al psicólogo. Las viejas no quieren hacerse viejas (no podemos olvidar que en ciertas etapas inciertas de nuestra vida, preferimos mirarnos en espejos rotos) y perdonan lo imperdonable, con objeto de que los renacuajos recuerden a la madre que los parió como a una semidiosa, y, no, nunca de los jamases, como a la primera bruja que avivó las llamas de su propia hoguera. A quien dice al respecto que no hay felicidad sin inocencia. También, que una buena hostia a tiempo le viene bien a cualquiera. Siempre la misma cantinela: nos dijeron que éramos la edad del porvenir, pero en realidad el porvenir siempre estaba por llegar. Recorrimos el pueblo de La Esperanza en busca de respuestas. Con lo puesto, como esos detectives de película que no se quitan la gabardina porque no les da la gana. Queríamos saber qué careto tenía el misterio.

Si guardaba un cierto parecido con *el hombre del saco* o tenía las tetas de Pamela Anderson. Si la fealdad, presumíamos, era tan acojonante como el miedo, no tendríamos más remedio que romper las cadenas de las bicicletas para utilizarlas en defensa propia como los actores de *La guillotina fulminante*. Un pastor de la zona, de corta estatura y lengua liviana, nos dijo que el emplazamiento del que hablábamos con asombro *spielveriano*, no existía. Afirmaba que en esas parcelas sólo crecía la mala hierba, y, de tanto en tanto, revoloteaban los maricones entre los matorrales, como bailarinas con piernas ortopédicas esquivando las llamas del infierno. <<Ya saben, chicos, esa clase de gente que no se ha bañado en la puta vida en la playa y entra de puntillas, como si pisara la luna o mierda de perro>>, dijo a trompicones, cabreado con el mundo. Aseveraba que los maricones se escondían allí por dos razones obvias: para no provocar a Dios (una estupidez, si recordamos que Dios está en todas partes), y la más importante: no había nada ni nadie en dos kilómetros a la redonda susceptible a la ofensa del sexo semejante. El pastor nos animó a reunir pruebas. <<Sin algo que pueda verse o tocarse, chavales... La fe no mueve montañas, la fe sólo moviliza a los imbéciles de parroquia en parroquia>>. Le dijimos adiós al pastor. En realidad no era pastor, sólo un jubilado sin infancia paseando a su perro. <<Ahora, la suerte te acompaña>>, dijo el hombre sin infancia señalando con su dedo

mugriento mis zapatillas nuevas. La caca de los chuchos es similar a la caca de los humanos. No es necesario ser un extraterrestre para pisar una boñiga y sentirte una mierda; como tampoco es necesario ser la llama que todo lo incendia para joderles la vida a un puñado de brujas cuyas escobas arden, pero en modo alguno vuelan. En todos los pueblos existen leyendas sobre personas que te invitan a galletas caseras cuando te abren la puerta. A nosotros nos invitaban a ir con Dios dondequiera que nos llevara su gracia. Algunas brujas y algunos brujos hacían memoria. Recordaban una antigua fábrica (¿una empresa de litografía especializada en la producción de cartones de tabaco?), pero nada que arrojara luz más allá de nuestro ensueño. Ahora que lo recuerdo, un brujo de los de verdad nos dijo que los unicornios existían. <<Un bicho indomable llamado rinoceronte>>. Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. A veces creíamos ver hoces y martillos en el espectro lumínico. A esas edades hasta la niebla es un misterio. El partido comunista existía en España desde los años veinte. En Canarias tardaría en afianzarse como partido; lo hizo tibiamente, una década después. Mi abuelo era uno de esos intelectuales desairados que se sentaban en sillas incómodas, tercos como mulas, jóvenes que querían cambiar el mundo para el que mundo no les cambiara. Habían sustituido el vodka por el vino *peleón* del norte de la isla, leían a los futuros integrantes de la Unión de Escritores Soviéticos en

colecciones de tapa dura magníficamente ilustradas, y fumaban a destajo puros *cubanos* hechos en la isla de La Palma. El espíritu de mi abuelo estaba con la minoría. Con el tiempo se percató de que las minorías nunca gobernarían, y que había que comer para no parecerse a una radiografía. En lo que respectaba a mantener a la familia, alimentar a la prole (pre-obreros, ingenieros autodidactas del amor), vestirla, educarla y demás menesteres paternofiliales, se hacía necesario trabajar. Años después, montaría su propio negocio, destinado, por supuesto, a las minorías. Mi viejo decía que el abuelo estaba como una cabra, y que el comunismo era una mala copia de un panal: una estructura formada por celdillas de idiotas. Dulce la miel, la idea; agria la verdad de las abejas que nacen, crecen, se reproducen y enloquecen para salvaguardar a la reina, símbolo místico de la patria *ungidora* y verdadera. Cuando las manos de todos convergen en la mano de uno, el movimiento de la masa es suyo. Tachamos a los soviéticos. La lista se redujo a unos pocos sospechosos: los extraterrestres de toda la vida, los sofisticados ciudadanos de la Atlántida, y los estadounidenses implicados en todas las muertes inexplicables del último siglo. Quienquiera que hiciera aparecer y desaparecer aquellas luces tenía que estar cerquita de Dios. No me mires así, teníamos diez años y dos canales de televisión y más imaginación de la necesaria para sobrevivir. Y, para más inri, nuestros padres tuvieron a bien borrar

todo rastro de pecado original matriculándonos en un colegio de monjas. Nos enseñaron cosas normales, cosas raras como pretecnología, y cosas aún más raras, como cantar alabanzas, a primera hora de la mañana, legañosos, hambrientos, a un dios que colgaba de un palo. Estábamos hechos un lío. Dios, ente creador, había tenido un hijo. Podíamos entenderlo. Nosotros también éramos hijos y nuestros padres semidioses, pues si Dios era todo lo que más amábamos, no estábamos mal encaminados si uníamos la mitad de papá con la mitad de mamá. Luego nos los imaginábamos partidos por la mitad y acudíamos a la fe para pegarlos. Lo cierto es que la cosa se iba complicando, pues Dios había tenido muchos hijos normales y uno divino (se me ponían los pelos de punta al pensar que Dios era una especie de caracol hermafrodita). Más allá de lo que un angelito pudiera imaginar, estaba claro que el divino había entregado su vida para que sus *hermanastros normales* dejaran de hacer estupideces. El plan de Dios asustaba un poco. Su primogénito, hecho unos zorros, hubo regresado de donde nadie regresa; y los estúpidos, alumnos de la primera facultad de publicidad de la historia, proclamaron la inmortalidad de su hermano divino a sus iguales y distintos. Antes de morir y resucitar, el hermano divino caminó entre las aguas, curó lo incurable, habló de cosas bonitas, realmente bonitas, y le echó los tejos a una *hermanastra*, María Magdalena. La profesora de religión le dijo a Chewbacca que de dónde dia-

blos había sacado tan horripilante blasfemia. Chewbacca le dijo que lo había leído en una revista francesa (*Pour l`amour de Dieu*). La profesora de religión se acercó a él como Jesucristo a los leprosos. Le dijo algo al oído. Luego, excitada, procedió a limpiar el pecado del mundo. A rastras, lo sacó de la clase (¿por la oreja?, ¿por los pelos?), como si lo arrastrara ladera abajo por el Monte Sión. Teniendo en cuenta que el hijo de Dios hecho hombre hablaba del amor todo el santo día, no resultaba extraño que amara a una mujer, que la besara en la boca o le bajara las bragas para saberse mortal. En la Biblia, que leíamos todos los días, mencionaban a María Magdalena; efectivamente, nacida en la aldea de Magdala, la puta que lo había visto morir y renacer, decían las sagradas escrituras. En las barbacoas de los domingos el abuelo contaba sus batallitas. Esquirlas de hombres que jamás se levantaron o granadas alojadas en los calzoncillos de fantasmas que caminaban en tierra de huesos. La historia empezaba por el principio, presumo que esa era la mejor manera de contar lo que todos sabíamos. Alardeaba de haberle pegado una paliza al pequeño Bahamonde. El abuelo hizo la zancadilla con la destreza de un zapador. Bahamonde cayó a modo de lluvia inesperada, como las bombas arrojadas en Guernica. El abuelo le tendió la mano y Bahamonde dudó. Levantó su cabeza de peonza y observó a aquel grupo de alumnos de la Academia Militar de Toledo, y pensó, cosa que no se le daba del todo bien,

en pegarse un tiro, pero no lo hizo. Le entregó su mano derecha al abuelo, que otrora era un adolescente acneico de mano rápida. La nariz de Bahamonde sangró como el Ebro, y el tabique, esa estructura oseocartilaginosa que daba oxígeno y forma a su nariz romana, saltó por los aires. Se le había desviado unos centímetros, nada que no pudiera arreglarse con un segundo puñetazo. Yo pensaba que mi abuelo era un abusón de toda la vida. Golpear a un enano con voz de mujer se me antojaba cruel. Entonces, el abuelo, apartaba su bastón inglés de la vista de todos, arqueaba su ojo izquierdo, se tocaba el pelo, medio largo medio blanco, para demostrar que aún podía ponerse en pie sobre las fosas, y no hundirse en la rabia silenciada de los fusilados. Ya sentado, casi de cuclillas, pues pareciera que con los fusilados compartiera ese cuerpo de colador desfigurado, destripaba, una a una, las atrocidades que el enano con voz de señora cometería en el futuro hasta el día de su muerte, y que él y otros como él mantenían tan presente como la hora del café. Y llegaba el último sorbo, el último aliento de la tarde: <<De joven, el comandantín rehuía al resto de compañeros. Nos miraba como si fuésemos muñequitos de trapo cuya única misión era limpiar letrinas. Siempre se colocaba en primera fila. Era puntual, inseguro, *mudo*. En absoluto brillante, ni siquiera notable. Bujarrón, pulgarcito, cararata…>>. Un día de tormenta, haciendo guardia, le dijo al abuelo que había dos clases de personas en

España: los sucios y los limpios; y que ya se encargaría Dios de barrer para casa. Aquella plataforma, rodeada por una verja de acero y alambre de espinos, de unos cinco metros de alto, con un perímetro del tamaño de un estadio de fútbol, era una prolongación del Área 51 en territorio canario. Lo decidimos democráticamente. Cuatro contra uno. Todos los sábados, sobre las dos de la madrugada, los entes desconocidos probaban sus extraños artefactos, que desprendían luces caóticas y hermosas y sobrenaturales, en la explanada delantera de la nave. No teníamos ni pajolera idea de las fuerzas invisibles que nos rodeaban, a qué velocidad viajaba la luz o si las estrellas eran bombillas o luciérnagas. En pocas palabras, éramos analfabetos de la ciencia real y expertos en ciencia ficción. V-Invasión Extraterrestre, nuestra serie favorita. Nos tatuábamos a *boli* el emblema, en la frontera de la vena radial, cubital y mediana. Las pajas con la Comandante Suprema de los Visitantes, Diana, espasmódicas experiencias siderales. Cómo molaba contemplar a aquellos alienígenas de trajes ochenteros y ajustados, masticando ratas como si no hubiera un mañana. Todos los viernes alquilábamos una *peli*. El dueño del videoclub, un guionista de cine atormentado, rechoncho, mal afeitado, con ojeras de payaso malvado, esa clase de antihéroe que piensa que la depresión es un superpoder, nos regalaba películas mexicanas basadas en sus guiones. A cambio del boca a boca nos suministraba, en plan pirata, pelí-

culas de ciencia ficción. En el trapicheo virtual, nos adelantamos unos años a los *millennials*. Sus guiones eran una mierda pinchada en una especie de ataúd en miniatura llamado VHS. Todas sus historias hablaban de lo mismo, incluso las películas mudas: el tiempo perdido, la corrupción, las mujeres infieles y los problemas de erección de los cornudos en un universo alternativo llamado Cambalache. Recuerdo que todos los protagonistas morían. Y resucitaban. Y un tipo enmascarado que regentaba un videoclub en la Séptima Avenida de la Nueva York alternativa los devolvía a la tumba y el tipo se quedaba solo en el mundo. Con sus películas. Épico. Podemos decir que cuando el señor Octavio la espichó, el arte no murió con él. En el funeral, su viuda nos comentó que el protagonista al que se comerían los gusanos con más asco que gusto, nos había dejado en testamento todas las películas de su videoclub. Estaba claro que Octavio era un visionario. Semanas después de su muerte, una china muy bajita y muy delgada que respondía al nombre de Xiu-mei (bella ciruela en castellano), compró el videoclub a cuatro perras y montó la primera tienda erótica de Canarias. Poético. Aquel hombre merecía un altar. Y lo hicimos, como cuando una chica te deja y te dice: Reconstrúyete. ¿Qué? El corazón. ¿Dónde? En el parque. Bajo la rampa de skate. No tardamos en olvidarlo, en ponerlo todo perdido, en convertirlo en un cenicero; pero pronunciamos su nombre durante años. Eso es la

eternidad, ¿no? Éramos sus amigos. Sus únicos camaradas a este lado del mundo alternativo. *E.T., Aliens; La cosa; Regreso al Futuro; Tron; Star Trek; Dune; La historia interminable; Exploradores… Blade Runner…* ¡Joder… *Blade Runner*! En el entierro, la viuda, con aspecto de niña criada en la morgue (negro su velo, su traje, su cabello; albino su ojo derecho de cristal), fue consciente de que su exmarido ya no era su exmarido. El duelo le duró lo que tarda una bala en atravesar un cuerpo. No había lágrimas en sus pestañas. Sólo rímel. Y pareciera que aplaudiera al pestañear. Mientras nos pasábamos el último ejemplar de Sarvan, recordé todos los tebeos que el peor guionista de su generación nos regalaba los viernes, al salir de clase. Ese día, como digo, mientras *Sarvan* viajaba de mano en mano, la profesora de Lengua y Literatura, una señora pelirroja, con ojos de gato egipcio, trenza de amarre y piel de melocotón, nacida en un hospital de huérfanos de Liverpool y educada en La Matanza de Acentejo por dos ancianas lesbianas, pintora una y filósofa la otra, escribió en la pizarra una de esas preguntas que a uno lo dejan como si le hubieran pintado la cara en una pelea de barrio: *¿Una imagen vale más que mil palabras o una palabra vale más que mil imágenes?* En los tebeos la pregunta no existía, se la llevaba el viento al norte del norte. Más al sur, saliendo del videoclub, lejos de las pupilas momificadas de la profesora, nos adentrábamos en otro *paraíso fiscal*. Éramos afortuna-

dos. Vivíamos en las *Islas Afortunadas* y teníamos el Teide, techo de España, y el padre de uno de los nuestros regentaba el quiosco del barrio. Los tebeos, gratis. Las golosinas, gratis. Las revistas porno, intocables, de momento. En esa época creíamos que el señor José Miguel tenía el mejor trabajo del mundo. Apoltronado en su quiosco, leyendo la prensa, con su tibio vino de cartón y su maloliente orinal disimulado bajo una columna de periódicos rancios; haciendo felices a los niños que sabían por bocas de niños infelices que los dientes de leche no duran toda la vida. Pero no siempre llueven golosinas al gusto de todos, ni noticias, ni suplementos de moda, ni dos panes al precio de uno. La esposa de José Miguel opinaba que su marido era un muerto dentro de un cuerpo vivo. Aunque después del fallo renal, lo del cuerpo vivo sonaba a mentira cochina. Las pasaban canutas para comer tres veces al día. Nadie puede vivir fundamentalmente de golosinas. *Akira*, *Indiana Jones*, *Los Nuevos Mutantes*, *Watchmen*, *Los Cuatro Fantásticos*, *El Llanero Solitario*… *Sarvan* era la polla. No recuerdo bien si mi primera corrida aterrizó en las hojas de Sarvan en la Tumba de Piedra o en la portada de un catálogo de lencería femenina que rescaté de la basura. Eran tiempos, indudablemente, para la lírica. ¿Dónde alojamos la nave luminiscente? ¿Qué rincón de la memoria se encargaría de devolverla a la vida, de hacerla volar definitivamente? Fuimos soñadores, imbéciles crucificados en el anonimato. No quería-

mos darle ventaja al olvido. Ese mamón con calzoncillos pasados de moda, que regresaba cada cierto tiempo para hacernos reír o llorar, o simplemente para recordarnos que nada, en realidad, pasa de moda. Todos los sábados, al menos durante dos años, fuimos parte de aquel misterio. Éramos los visitantes, como si un grupo de extraterrestres aterrizara en la Tierra y una hipnótica luz los atrajera sin condición ni medida. Veíamos las luces, pero hasta la fecha, no habíamos cruzado la verja. Ya habían inventado los prismáticos y las cámaras de fotos. Teníamos más de mil fotografías. Las pistas, las pruebas, los hechos; datos visuales *incuestionables*. Como si los ojos de la profesora de Lengua y Literatura hubieran escapado de su cara de invierno, y el visor de mi cámara, de amplio espectro, los adoptara a pesar de la niebla. Teníamos una historia que contarle a nuestros padres y, algún día, a nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos nos recordarían con entusiasmo, elevándonos a las alturas, junto a los primeros hombres que llegaron a la luna o descubrieron la cura de una enfermedad devastadora. Lo cierto es que cuando vimos al tipo de blanco, nos contagió su no color. En algunas fotografías, asomaban manchas, estelas que parecían manos monstruosas, dedos ahebrados u orejas que todo lo oían. Nada distinto a un puzle. El ingeniero llevaba una especie de escafandra, un casco ultramoderno del color de la nieve bajo una zapatilla enfangada. Una máscara hecha con polvo de estrellas. El muy

hijo de algún dios nos apuntó con un rayo. Volvimos a irnos de vientre (ahora que lo leo, repito *orina* y *vómito* a menudo; supongo que durante mi infancia y adolescencia, esa trémula etapa de misterio, mi *santa trinidad* estaba formada por orina, vómitos y besos). Salimos por patas. Suenan las sirenas. No somos marineros pero podemos oír su canto hipnótico. Entramos en una cabina telefónica. Llamamos a la policía. Llega la policía. La agente, una señora muy triste con aspecto de búho, nos toma los datos. Escribe nuestros nombres en la contraportada de una sopa de letras. Todo muy de ciencia ficción. Aplausos. Si puedes oírlos, sigue leyendo. La verja era grande y nosotros pequeños. Lo primero que uno debe hacer cuando asume sus limitaciones, es ponerlas en duda. ¡Qué diantres…! Pertenecíamos a una especie que ocupaba el cénit de la cadena alimentaria, conquistadores geográficos y oníricos, seres inteligentes que construían sus casas por la base. Además, ya se habían inventado las cizañas y los *walkie-talkie* y las escopetas de balines. Teníamos un plan A y un plan B. El C siempre consistía en correr. Nos preparamos a conciencia. Diseñamos un código de comunicación. Nada del otro mundo. El código Morse de toda la vida con ciertas deficiencias interpretativas. Entrenamos la puntería, no éramos una tropa de élite, pero se nos daba francamente bien exterminar lagartos. ¡Qué carnicería! Cabezas rodantes, tomates y entrañas; colas bailando solas. Nos sentíamos como

vikingos desembarcando en tierras extranjeras habitadas por hembras cuyas caderas invitaban a la vida y muchos hombres barbudos a los que les arrancaban las extremidades con una naturalidad estremecedora. El sol se puso. Iniciamos el plan A. Acercarnos al PCE (Patio Central de Experimentación) sin levantar sospechas, sin peligro inminente de muerte prematura. Recortamos la verja, un segmento rectangular de unos cincuenta centímetros cuadrados, suficiente para reptar. Nos camuflamos con bolsas de basura, negras, revestidas con hojas secas y mala hierba. Cruzamos. Bípedos, nos aproximamos al PCE. Ahora, de cuclillas, esquivamos toda clase de basura: latas de refrescos de los años 70, llantas de camión oxidadas, restos de papel higiénico, cables deshilachados, mangueras, colillas, gatos muertos, barriles más oxidados que las llantas y grandes tableros unidos por clavos. En ese instante, vimos lo que queríamos ver. A pocos metros. Recuerdo que sentí un dolor agudo en la tripa. Vomité. Intentamos correr, pero nuestros pies permanecieron inmóviles, como si nuestras zapatillas se hubieran cosido a la tierra. Mientras vomitaba, los camaradas apuntaban con sus escopetas de balines a aquel rostro indescifrable. El ingeniero se quitó la escafandra. El muy hijo de sonreía. Se le daba bien. Asustar, me refiero. Sus dientes eran negros, como el donut de chocolate que hube devuelto al mundo en aquel silencio lejano. <<Los tubos poseen electrodos metálicos por ambos extremos. Y dentro de

los tubos, gases a baja presión; gases que hacen lo que les ordena su jefe, este tipo: el señor Neón. Tú, sabandija, quita las manos de ahí. No lees el cartel: *Dangerous*. Luego, aplicamos en los electrodos, aquí y aquí, una descarga de miles de voltios. Como encender un mechero con un pedo. A eso se resume todo… Nunca han estado aquí. Si me entero que abren la boca para decir lo que no tienen que decir, los abriré en canal. ¿Entendido?>>, dijo el ingeniero mostrándonos las entrañas de un cartel publicitario. Lo cierto es que el ingeniero era un hombre contrahecho, con más gomina que cerebro, con menos tacto que un manco, que básicamente veía en el firmamento un montón de luces inútiles. Vivía la mar de bien con su fábrica clandestina, exprimiéndole los huevos a una panda de desgraciados senegaleses que habían arribado a la isla en una patera hecha con madera de Ceiba y sueños flotantes. <<Clandestinidad, bastardos, eso somos en este puto universo de calamidad>>. En esencia, todos los tipos malos son un cobardes sin agallas. Se dejan llevar por el mal hasta que el mal se los lleva a la tumba más pronto que tarde. No muy lejos de allí, en un bar de carretera, los hombres pagaban por sexo. Después de un año extraño, del que apenas recuerdo flashes, gotas dentro de océanos, océanos dentro de lágrimas, el verano de 1992 volvió a iluminar nuestros caretos. Antes de hablar de las Olimpiadas, hablaré de los besos. Los primeros morreos con lengua en los baños del colegio

ocurrieron por aquel entonces. Patricia y Marta, así se llamaban las propietarias de las lenguas. Eran amigas, hasta que se enteraron de que habían compartido mi saliva, su saliva, nuestra saliva. A veces pienso que los besos que uno da con los ojos cerrados van directamente al rincón de los sueños. Las moléculas del amor son voraces, inmortales. Creo que abrí los ojos. Alguien tiró de la cisterna y los besos desaparecieron en los bajos fondos. Pero recuerdo sus nombres, y eso me basta para escuchar de nuevo la dulzura de sus acentos canarios, la estremecedora quietud de mis labios en sus labios. Cursi hasta la baba. Las Olimpiadas celebradas en Barcelona en 1992 ocupan un lugar privilegiado en la historia del deporte. También en mi memoria. Los europeos dejaron de preguntarse si España estaba en Europa y los españoles comenzaron a preguntarse cosas muy raras sobre sí mismos. ¿Puede un perro pastor catalán comerle la boca a la Mona Lisa?, reflexionaban los catalanes. El norteamericano medio se tiró de los pelos al enterarse (¿cuántas generaciones de barberos hacen falta para cortar la gran melena del prejuicio?) que España estaba al otro lado del charco. Para el estadounidense medio, seamos precisos, México y España es la suma de un bigote pegado a un cuerpo demasiado pequeño y una mujer pegada a un caldero. Un pequeño inciso al calor de un beso. Aún recuerdo la mirada de aquella catalana sentada a mi lado en el Palau Sant Jordi. Unía los labios y sus hoyuelos prede-

cían tormentas. Nos besamos a escondidas, en el cachete, como ángeles sin sexo. Aquella catalana olía a primavera. España perdió de veinte contra Angola. El turismo como fuente generadora de riqueza. ¿Qué hemos hecho los últimos cincuenta años?, se preguntaron los zombis patrios, escribiendo respuestas muy anormales, casi mesiánicas, en rollos de papel higiénico. Los políticos se frotaban las manos, recordemos que la cosa en el congreso y en las calles y en las neveras no estaba para tirar cohetes. La marca España era un salvoconducto, un puente hacia el siglo XXI. Algunos miembros del COI, incluido su presidente, manifestaron, a tenor de los extraordinarios resultados cosechados, que los Juegos Olímpicos de Barcelona debían considerarse por méritos propios los mejores *juegos* de la historia. Alemania reunificada, Cuba, Sudáfrica, y las antiguas repúblicas soviéticas (participaron como Equipo Unificado, sonaba ridículo, pero era mejor que Equipo Desunificado. Letonia, Lituania y Estonia ya eran independientes, concepto que utilizarían en el futuro los creativos publicitarios de Ikea), desfilaron por Montjuic con sus sonrisitas y sus chándales horteras y sus banderitas tan ricamente. Recuerdo a los cubanos. ¡Qué grandes! Me los imaginaba en el centro del ring, exprimiéndose los riñones con un chiste de dos guantes socialistas que no sabían a qué puto puño pertenecían, hablando sobre la cara de extraterrestre que tenía Lenin y lo hija de puta que era

Margaret Thatcher; fumando puros en los baños del pabellón, follando con nórdicas gigantescas de leyenda. Había una cosa clara: los cubanos tenían ganas de partirle la cara a cualquier ser humano que no fuera cubano. Repartieron estopa: siete medallas de oro en boxeo. Para darles de comer aparte. Serguei Bubka perdió en salto de altura y Fermín Cacho ganó la prueba de 1.500 metros. El Equipo Unificado copó el medallero y España terminó sexta. *Dream Team*. No olvides jamás que una vez existió el *Dream Team*.

Sombras dentro de sombras

(2.027)

La guerra no cambia nada por sí misma,
sólo nos recuerda, con su ruido,
que todo cambia.

Ray Loriga

Bentor se equivocaba. La Tercera Guerra Mundial no estalló en el coño de la mujer maravilla. Antes de entrar en detalles sobre el fin de la civilización, he de contarte lo que opinaba el ilustre Ramiro Buendía (poeta menor nacido en La Matanza de Acentejo y cadáver en el horizonte de sucesos de su último verso) sobre el amor: <<Un botiquín con poemas traducidos>>. El bueno de Ramiro fue mi sombra en un hospital de campaña que apestaba a perros muertos. A hombres muertos. En realidad, todos éramos fétidas sombras, pero los fumadores eran blancos perfectos en las noches más largas y tristes. Corrijo, todos morimos a diario porque no recordamos el día de la semana en que nacimos. Después del amor, llegó la guerra: <<Cuando el colonialismo se agotó como el amor de tanto usarlo, una horda de zombis que seguían a Dios sabe quién, atracaron el banco más grande del mundo y se quedaron con todo (todo es una palabra peligrosa). Nos hicieron creer que jugaban al juego de suma cero. Se repartieron el dinero de la gente y se follaron a la madre de los zombis, y tuvieron *lindas* criaturas, que al madurar, se

reproducían como conejos. Los zombis no tenían cuerpo definido, nacionalidad, ideología, moral o ética. Nacían de la nada y envejecían y regresaban enfermos, ciertamente no muertos, y tocaban a la puerta del contribuyente con inversiones suicidas, y robaban, y se prestaban lo robado, y se sentaban en los retretes presidenciales de los países explotados como momias envueltas en papel moneda (sanciones, recortes, deudas, apremios, pagos impagables…). Una conjunción planetaria que vaticina el fin de una era. El chantaje sustituyó a la diplomacia. Qué voy a contarte… Todo el mundo sabe pulsar un botón rojo. Olvida a los daltónicos>>. Ramiro Buendía echó otro trago de aguardiente. Escupió sobre el caparazón de un caracol y desapareció entre colinas de difuntos. Todo pasó muy rápido. Los supervivientes pierden la noción del tiempo. Estábamos anestesiados, seres extrañamente irreales, colgados de toda clase de cielos virtuales. Rendíamos pleitesía a una pareja bien avenida: una omnipresente diosa (Sra. Información) y un dios omnisciente (Sr. Dinero). La tecnología jamás hubo alcanzado, en la historia de la humanidad, tal grado de irrigación en todos los órdenes de la civilización. La era de la idiotez, del analfabetismo emocional, del consumismo atroz, de la *individualidad globalizada*. Nuestro opio fue la desmemoria, a la que nos entregamos con vehemencia, como penitentes que se entregan en cuerpo y alma al castigo liberador. Nos bombardeaban con noti-

cias manipuladas por las grandes corporaciones; confundíamos nuestra relación con el mundo, con nuestros semejantes, incluso con nosotros mismos. La realidad había dejado de ser una *constante medible*. El espectáculo de la violencia, en vivo y en directo, transformó la guerra en una película en la que nuestros nombres aparecían desdibujados en los créditos. Los países idearon ingeniosos programas de espionaje, que socavaron, descaradamente, los principios básicos de convivencia. La lucha por los recursos naturales (el acceso al agua potable se convirtió en negocio para pocos y sed para muchos, las reservas de petróleo menguaban, la contaminación iba en aumento y los partidos verdes se fusionaban con la ultraderecha para escapar de la extinción) comenzaba a generar disputas territoriales, y las manifestaciones, otrora símbolo de la "democracia", se recrudecieron a lo largo y ancho del planeta. El toque de queda se hizo norma en el 2024. Algunos países no lo necesitaban. Ya no había país que gobernar (a finales de 2023, sólo Marruecos, Sudáfrica y Egipto, mantenían sus respectivos gobiernos; en el resto de África se instauró la anarquía). ¿Que cómo empezó todo? Juguemos a las peleas de recreo. Tiempo. El problema radicaba en el elevado número de abusones. ¡Oh, las matemáticas, ese poético explosivo de los dioses! La nación que perfeccionó los errores del Imperio Romano, el país más poderoso de la historia moderna, tótem del imperialismo, cuya maquinaria bélica no cono-

cía rival, había dado el primer paso hacia la escalada de hostilidades. Era un abusón temible. Terrible. Definitivo. Pausa. Emplacémonos en el área de recreo. Play. En el año 2017, un *showman* de los negocios y el espectáculo, símbolo inequívoco de la deriva moral del ser humano, nacido en Queens, Nueva York, y bautizado con el nombre de Donald John Trump, se convirtió en el presidente del país más embustero del planeta. Su política interna era simple: Estados Unidos para los estadounidenses. Para Trump, el cambio climático era una falacia propagada por cuatro naturistas ibicencas y dos pares de científicos noruegos casados con las cuatro zorras ibicencas; reduciendo los impuestos a las empresas el país se convertiría en *Disneywork* (creó millones de puestos de trabajo y el paro se redujo a niveles históricos. La mayoría de los contratos eran eventuales y, un par de años después, el paro aumentó a cotas inadmisibles, sólo comparables a los datos alarmantes de los años veinte del siglo XX, que, recordarás, desembocaría en el crack del 29); la Corte Suprema conformada con cinco jueces conservadores y cuatro liberales para *conservar* la legitimidad del pueblo americano; la asistencia sanitaria era desasistencia comunitaria; Taiwán era Taiwán y no China, y las islas artificiales del mar de China no eran naturales, así que nada de montar tinglados extraños sin el consentimiento de papá yanqui. China era un enemigo comercial al que había que exprimir o eliminar. Hablando de

eliminar: la deportación de inmigrantes ilegales fue radicalizándose a pasos agigantados, y, el veto migratorio, que inicialmente había puesto la diana en la órbita musulmana, se extendió a Sudamérica (la construcción del muro de México dejaría la friolera de diez mil muertos: inmigrantes, trabajadores, policías fronterizos y miembros de los cárteles de la droga), Asia y África. Sólo los europeos, australianos y canadienses podían entrar en el país de las oportunidades. De visita. Máximo: treinta días. Treinta mil dólares en tu cuenta bancaria. Las políticas populistas son anabolizantes casi incontrolables. En 2022 el país se desinfló. El músculo que lucía desde el siglo XIX dejó de generar movimiento. Sus funciones locomotoras, energéticas, protectoras y de estabilidad se atrofiaron. Los ensayistas políticos lo denominaron: *Politicomielitis*. EE.UU. se granjeó el desprecio del resto del mundo. El líder coreano, Kim Jong-un, fue el primero en poner el grito en el cielo, en realidad, envió misiles de largo alcance a la isla de Guam (recuerda: uno de los territorios norteamericanos anexionados a España durante la guerra hispano-estadounidense de 1898). Suena la alarma del recreo. Es turno de la asignatura: Historia del resto del mundo. Padecía su propio vía crucis. Los países latinoamericanos, que habían apoyado a México de forma clandestina, aportando cuadrillas paramilitares en las diversas escaramuzas en la frontera mexicana, iniciaron conversaciones para unir sus fuerzas en el nuevo contexto global.

Una verdadera Unión Panamericana nacería de la histórica rueda de negociaciones. Los poetas latinoamericanos lo celebraron con un poema escrito a veinte mil manos. Tras el asesinato de Maduro (único dirigente que se oponía a la unificación del sur del continente) por parte de un sicario al que apodaban el Che (contratado por la oposición venezolana con la intermediación de la CIA), se firmó el acuerdo de blindaje comercial, político y militar desde México hasta Ushuaia. El mando plurinacional, con siete miembros de cada país, se instaló en La Habana, en enero de 2023. En la vieja Europa, la ultraderecha alcanzó el poder en la mayoría de los estados miembros. La primera en romper el hielo fue Francia, con Jean-Marie Le Pen al frente. Le siguió Amanecer Dorado en Grecia, Alternativa para Alemania en el corazón de Europa, Verdaderos Finlandeses, Los Demócratas Suecos y el Partido Popular Danés, en los países nórdicos; en Italia, Casa Pound y Fuerza Nueva crearon un nuevo partido: Mare Nostrum. El HCSP ganó las elecciones en Croacia en mayo de 2022, y el FPÖ se llevaría el gato al agua un mes después. En España, Portugal, Suiza y Luxemburgo ningún partido aglutinaba la mayoría, así que se conformaban con un desgobierno en minoría. San Valentín, año 2027. Estalla la Tercera Guerra Mundial. La estantería dedicada a Roberto Bolaño se vino abajo. Doña Abigail Guzmán murió aplastada. Clienta habitual, educada, jorobada, ciertamente elegante para su

edad. Compraba cuatro libros por semana. Le encantaba Bolaño, al que había conocido en persona en un camping de Castelldefels. Decía de él que era como una estrella de mar. No brillaba, pero era una estrella. Los cazas F-16 de fabricación norteamericana y los Mirage F1 diseñados y ensamblados en Francia, los helicópteros CH-47 Chinook y los aviones de observación OV-10, sobrevolaron las ciudades y pueblos de Canarias durante semanas. Brillaban, pero no eran estrellas. Había más tipos de aviones, por supuesto, y bombarderos y buques anfibios, y muchos acorazados en alta mar, y patrulleras y fragatas en puertos y playas. Pese a que se recomendaba no salir de casa, yo me levantaba cada día a las siete y media de la mañana, hacía las cosas que uno hace cuando escribe un nuevo renglón de su rutina, y abría la librería a las nueve a.m. Una semana después de la invasión marroquí, los clientes se redujeron a cero. Entonces me di cuenta, de verdad, que el mundo estaba mudo. Acondicioné el sótano. La puerta de entrada era prácticamente invisible (siempre hay exploradores y detectives dispuestos a joderte la vida por un puñado de euros, pero uno debe pensar que en tiempos de guerra los detectives y los exploradores también mueren…), mimetizada con el parquet. Almacené víveres y agua para seis meses. Hice acopio de linternas, pilas, gafas de sol, material sanitario, ropa y calzado; cuchillos de cocina y cuchillos de supervivencia, papel higiénico, crema solar y crema para las pica-

duras de insectos; jabón, mecheros, detergente, bengalas, un hacha, platos y cubiertos de cerámica y de plástico; bombonas de gas, mantas térmicas, papelillo, algo de mariguana, alcohol para ahogar a un muerto y muchos libros (de Alejandra Pizarnik, Saramago, Gloria Fuertes, Paul Auster, Borges, Javier Marías, Kerouac, Virginia Woolf, Carver, Joyce, Benedetti, Marguerite Duras, Piglia, Unamuno, Chejov, Pessoa, Agustín Fernández Mallo, Ray Loriga, Valle Inclán, Félix Francisco Casanova, Palahniuk, Don DeLillo, Salinger, Pino Ojeda y Platón) y de todo aquello que pudiera aliviar la soledad, incluidas un par de revistas Playboy de los 90. Les profesaba un cariño especial. Las hojas estaban pegadas unas con otras como las almejas de dos lesbianas que acaban de salir del armario y se desnudan y se ensamblan maravillosamente mientras lees esto. Apenas se les distinguía el coño a las modelos, pero qué es la poesía. Me compré una pistola, la misma Smith and Wesson plateada de Harry el sucio, con la empuñadura negra. Haciendo memoria, creo que me la regaló un distribuidor de Anagrama que no tragaba a los moros. Un racista de mucho cuidado. Le habían dado por el culo en el Aaiún, durante el servicio militar (el pene ejecutor pertenecía a un sargento gaditano, pero Ricardo Morales, distribuidor de Anagrama, sólo recordaba la arena del Sáhara penetrando en sus ojos). <<No son de plata, pero nadie ha dicho que los moros duerman colgados de una percha>>, dijo deposi-

tando una caja de quinientas balas en el estante de facturación. Las Islas Canarias fueron invadidas por Marruecos el 20 de septiembre de 2026. Los primeros días los marroquíes sembraron el pánico entre los civiles. Los cazas F-16 destruían hospitales, estaciones de agua, redes eléctricas, grandes superficies de consumo, gasolineras y bases militares. Los F-18 desplegados en la base de Gando (Gran Canaria) estaban obsoletos (aviones de papel que guardaban antiguas cartas de la mili en el motor). Los Eurofigthers, superiores a los aparatos alauís, no tardarían en surcar el cielo desde las bases de Albacete y Morón, pero la distancia es el olvido o el olvido es la distancia, no lo recuerdo bien. Sobre el terreno, los soldados alauís operaron con un salvajismo extremo. Las violaciones, raptos, asesinatos de mujeres y niños, se sucedieron en ciudades y pueblos, con especial brutalidad en las islas occidentales. Recuerdo a un joven, tendría unos trece o catorce años: desgarbado, pelo largo y mochila en rastre. Compró un libro: Galveston, de Nic Pizzolatto. Me recomendó la serie *True Detective* (con guion de Pizzolatto) y dijo adiós con una sonrisa expresiva, de holgada picardía, explosiva si leemos entre líneas. Se subió en su bicicleta y le dije que abriera los ojos, que había moros en la costa. Entré y me senté frente al ordenador. Tecleé el nombre de la serie en Google. Oí gritos, disparos. Un escuadrón de marroquíes había acorralado al chaval, que cayó de la bicicleta en cuanto abrí la puerta. Los

libros que me había robado se desparramaron por el suelo. Fui al sótano, a por la pistola. Cuando llegué, el joven yacía en la acera, con el libro de Pizzolatto asido a su mano izquierda. Tenía el cuerpo hecho unos zorros. Agujereado como un queso *emmental*. Con las ametralladoras pasa lo mismo que con las batidoras. Quise dispararles, pero ellos eran ellos y sus ametralladoras y yo un librero cobarde al que siempre se le cortaba la nata. Cuando se fueron, me acerqué al muchacho. Sangre y hojas sueltas mezclándose, como un otoño imposible en Marte. Le cerré los ojos, lo cogí en brazos. Una librería, pensé, es el mejor cementerio para un lector, aunque también pensé que los cementerios no sirven para nada. El archipiélago disponía, en el apartado militar, de un soporte logístico aceptable, pero Marruecos atacó con todo y la Capitanía General de las Islas Canarias solicitó al Estado Mayor el envío urgente de tropas. Las Fuerzas Armadas Españolas contraatacaron. El mayor despliegue desde la Guerra Civil. El ejército español disponía de más de 25 millones de soldados y su capacidad armamentística había aumentado en cantidad y calidad tras los disturbios en la frontera de Ceuta y Melilla, donde cinco mil integrantes del Estado Islámico habían conseguido, en diciembre de 2020, neutralizar guion aniquilar, a las fuerzas de seguridad fronterizas. No se escatimó en recursos, incluso se aprobó en el Congreso la compra de un submarino nuclear al gobierno norteamericano. No hizo falta.

El 18 de octubre, el rey Mohamed VI, firmó la rendición en Casablanca. Gran Vía. El fervor sobreactuado de los españoles que vivían en la península (un escenario que no había sufrido el menor daño), fue criticado por las personalidades políticas, militares e intelectuales del archipiélago. La celebración de la muerte representaba la solemne estupidez humana (esto no es un ensayo, así que podemos decir que disfrutaron de la victoria pese a la muerte). La cifra de fallecidos en Canarias ascendía al medio millón de personas. En la península apenas un centenar, todos ellos militares destinados en Cádiz. La aplastante victoria sobre Marruecos (el documento de rendición firmado por Mohamed VI otorgaba a España el control del país africano) sólo era un espejismo. Un laberinto de espejos cuarteados. La nueva colonia tendría las mismas competencias que el resto de Comunidades Autónomas, con rango de Región Dependiente del Gobierno de España. El flamante triunfo elevó el tono diplomático español en el contexto internacional. Tres semanas después, sin haber realizado un recuento decente de los muertos, el Gobierno de España reclamó los derechos de Gibraltar. Gran Bretaña, aliado de EEUU, declaró la guerra a España. El presidente, Albert Rivera, entre la espada y la pared, eligió la pared. La pared estaba pintada con grafitis color púrpura (una frase escrita en chino, puede que en coreano: *Muerte a los británicos. Muerte a los norteamericanos. Muerte*). La Tercera Guerra Mundial supuso

la destrucción de la civilización. Un año entero de combates cuerpo a cuerpo, en un alarde de maquinaria bélica sin precedentes. Durante la primera fase, Gran Bretaña, EEUU y Australia se enfrentaron a China, India y Corea del Norte. Una carnicería en la que cada cual exhibía los *machetes* que mejor rebanaban la carne humana. Desde el 14 de febrero de 2027, cuando se produjeron los primeros enfrentamientos por mar, tierra y aire, hasta el 2 de junio del mismo año, murieron más de mil millones de personas. ¿Cómo pueden contarse los cuerpos volatilizados? El resto de estados fueron entrando y saliendo, muriendo y volviendo a morir. La última guerra, la guerra de la extinción, como si no hubiera otra cosa que hacer en el mundo que joderlo de una puñetera vez. ¿Que qué hizo la UE? La Unión Europea era historia, después del *Brexit* se inició una salida en estampida, como si los alemanes hubieran entrado en razón, allá por 1940, y decidieran abrirles las puertas a los judíos encerrados en los campos de exterminio. Eslovaquia, Grecia, Italia, Portugal, Hungría, Chipre, Croacia y Estonia, presentaron en Bruselas, el 12 de abril de 2020, un memorándum (palabra latina muy bonita que significa *cosa que debe recordarse*). Venía a decir, en términos circenses, que la cuerda floja ya era sólo un hilo, un hilo que unía un explosivo con un preciso detonador. Alemania y Francia eran los domadores y, según la palabra latina bien linda, los estados firmantes estaban hasta los mismísimos de

los látigos en forma de recortes. Un año después, abandonarían la UE la friolera de quince países. En 2022, Alemania, Francia, Países Bajos, España y Luxemburgo, sellaron, en el Palacio de Versalles, la separación definitiva de la Unión Europea. Comenzaba la segunda fase de la guerra. La etapa *sombra a sombra*. En ella, gradualmente y sin lógica aparente (afinidades ideológicas, intereses comunes, rencillas históricas…), se fueron conformando los bloques. Por un lado, *La Alianza de Civilizaciones*. El nombre se le ocurrió al secretario de prensa de Trump, un tal Sean Spicer, mientras ojeaba un archivo de iniciativas absurdas presentadas en la ONU. Dicen que Rodríguez Zapatero, expresidente socialista español, que había acuñado el término en una iniciativa presentada en la Asamblea General de la ONU en 2004, telefoneó al presidente de los EEUU para cobrarle un canon por derechos de autor, pero Donald Trump no aceptó la llamada. Esgrimió problemas irreconciliables con cualquier ciudadano *mexicano* fuera cual fuese su rango. *La Alianza de Civilizaciones* estaba compuesta por EEUU, Gran Bretaña, Australia, Canadá y todas las naciones de la extinta Unión Europea (salvo Turquía, Bulgaria, Rumanía y España). La tierra del sol, el cante jondo y la tauromaquia, otrora gloria de los descubrimientos y las conquistas, se flageló, sangró a raudales, rezó con todas las consonantes alveolares y pidió perdón con las rodillas. Gran Bretaña desoyó los men-

sajes de conciliación del gobierno español. Ocupar el Peñón de Gibraltar era una ofensa imperdonable para otra de las viejas glorias colonizadoras. ¡Cuán inolvidable es el orgullo! Albert Rivera, presidente del gobierno español, sabía bien que la farlopa es un cohete, y, luego, venga a comer techo y universo. ¡Madre del amor hermoso…! España gravitando alrededor de China, Corea del Norte, India, Afganistán, Indonesia, Filipinas y Nueva Zelanda. Xi Jinping, presidente de la República Popular China, le dijo a Albert Rivera que España siempre había sido tierra de sueños. Albert Rivera le dijo que le parecía hermoso que la muralla china pudiera contemplarse desde el espacio. Xi Jinping le dijo que *Nanai de la china*. El resto es historia. España eligió luchar al lado de Los Libertadores. Nunca se supo a quiénes pretendían liberar, pero todo apuntaba que a los muertos. Había un tercer grupo: Los Innombrables. Lobos solitarios, famélicos, inadaptados, esquizofrénicos. Encabezaba la lista un nutrido conglomerado de países del continente africano, donde *reinaba* la anarquía. Únicamente Sudáfrica conservaba su gobierno, elegido democráticamente por el pueblo (la mayoría refugiados y zombis callejeros). El discurso del presidente de Sudáfrica, durante su último día de mandato, resulta esclarecedor: <<El continente africano siempre estuvo dejado de la mano de Dios… Dios entero debe ser blanco, amarillo, pelirrojo, manco, ciego, cojo. El más embustero de los ladrones, el más pe-

rro de los gatos…>>, dijo el anciano Jacob Zuma, tras ver cómo el ejército Chino avanzaba imparable. Los dos bloques trataron de esquilmar los recursos naturales de África y aprovechar, como nunca antes, su extraordinaria posición estratégica. Los países de Oriente, encabezados por Arabia Saudita, Irán, Irak y Pakistán, no se casaron con nadie, pero atacaban ferozmente a los infieles que se acercaban a sus fronteras. El Estado Islámico se convirtió en una parte fundamental de su brazo armado. Los fanáticos seguidores de Alá disponían del mayor arsenal del mundo en la categoría de armas prohibidas, desde bombas de racimo a armas bacteriológicas. La Unión Panamericana, Japón y Rusia (¿quién iba a imaginárselo?) se mantuvieron neutrales. A verlas venir. Sólo intervendrían, explicaban, en caso de peligro inminente. Y el peligro, cómo quieres que te lo diga, si no es inminente, es demoledoramente impertinente. En la tercera fase no podemos hablar de países en guerra, sino de restos de países que saltan por los aires. ¿Que cómo acabó todo? Pregúntenselo a Kim Jong-un. El armamento atómico, dijo el líder norcoreano, fue fabricado para algo. Leo a diario el mismo periódico. Miro con el rabillo del ojo sus rostros, una y otra vez. La soledad es un oasis en medio del infierno. El horóscopo afirma que encontraré el amor. Una chica me guiña el ojo en una esquela calcinada. Cierro los ojos y escucho el rugido de la lluvia descomponiéndola. Mario pesó tres kilos y medio.

Aquel día creí que algo dentro mí se retorcía como las pupilas de Dean Moriarty: millones de moléculas haciéndose, uniéndose, devorándose; diciéndose lo mucho que se necesitaban para formar algo grande, muy distinto a lo que eran. No sé si te ha pasado, coger a tu hijo en brazos por primera vez y contemplar como el tiempo y el espacio se desnaturalizan. Una sensación de hermosura y agobio, de responsabilidad, grandeza y sanguinolento nirvana. Nunca pude describirlo mejor que ahora. Lo más parecido que hube experimentado me retrotraía a la noche del resplandor. Recuerdo que le dije a mi madre, que Dios la tenga en su gloria, que había visto las luces cegadoras de Silvio Rodríguez, elevarse y descender en un pestañeo, explotando como mil auroras boreales. Lo cierto es que nunca había visto las auroras boreales. Ahora puedo decir que las luces de la nave, querida, añorada madre, se elevaban y descendían en un pestañeo, explotando como bombas nucleares. El pequeño sufría el síndrome del lactante. No paraba de llorar. Solamente, en brazos de su madre, cesaba el llanto. Le dolía el estómago a rabiar. Siempre que sollozaba recordaba aquello de que es mejor perder un amigo que una barriga. Su madre, Leticia, se cogió una depresión de caballo. Le duró dos años. Luego, se enganchó a la droga de la felicidad. El producto, un derivado de la mariguana, con menos efectos perniciosos para la salud y más potente que los porros de hierba cultivados en Kingston, fue patentado por la

Universidad de Helsinki en el año 2023. Su comercialización corrió a cargo de la farmacéutica Bayer. Después de tres meses en el mercado, con unas ventas que superaban las previsiones más optimistas del departamento de marketing, el *Cannapeace* fue prohibido en cuatro de los cinco continentes. En cuestión de días, cual súbita alucinación colectiva, el mercado negro absorbió la demanda. Vendían un sucedáneo igual de potente (más tóxico y barato que la sustancia original). La droga de la *felicidad* encontró nuevos mercados, nuevos perfiles de consumidores, nuevas vías de distribución, nuevas formas de tristeza. Leticia se pasaba el día columpiándose en la nada. Todo el puto día sonriendo, toda la jodida noche haciéndose la muerta. Hablaba sola, a solas o en compañía. Lo perdía todo, salvo su bote de *Cannapeace*. De vez en cuando salía a la calle. Recorría doscientos metros, a paso lento. Y regresaba a casa a toda leche. Era fácil encontrar un camello. La droga enganchaba más a la mujeres que a lo hombres; a las madres mucho más que a las vírgenes. Aquel derivado químico las volvía locas. La obra más hermosa de Dios convertida en chicle. Antes de que Mario naciera, y mucho antes de que feneciera la esperanza para la especie humana, Leticia trabajaba en la Universidad de La Laguna como profesora de Historia. Sus ingresos académicos eran un extra (destinaba la mitad de su salario a una ONG que luchaba por los derechos universales de los renacuajos criados en ciénagas). El montante

principal procedía de las propiedades que regentaba en la isla de Margarita (hoteles y restaurantes que había heredado de sus padres, el señor y la señora Valparaíso). Los beneficios de la librería daban para cigarrillos y para adquirir nuevos libros, sobre todo obras descatalogadas y novedades que me permitían seguir comprando obras descatalogadas. Supongo que esa era la idea cuando abandoné la carrera en último curso: vivir del cuento de otros. Resucité la librería de mi abuelo, de mi viejo. La Librería Desconocida. Recuerdo el día en que flirteamos por primera vez. Tropezamos en la escalera de la facultad. Ella me dijo que mirara por dónde iba y yo intenté explicarle la diferencia entre ver y mirar. La había visto, podía haber evitado la fusión, pero la miré… y eso lo explicaba todo. Era el primer día de clase. Ninguno de los dos conocía la facultad, así que terminamos por perdernos juntos y hacer el amor en la estación eléctrica del edificio. Era una chica despierta que dormía del tirón, le gustaba pintar y escribía poesía. A veces escribía cuadros y a veces pintaba versos. Fuimos felices en cuerpo y alma. Antes de la llegada de Mario a nuestras vidas, viajábamos al menos una vez al mes. Lugares exóticos y pueblos remotos, esos eran nuestros destinos favoritos. Las grandes ciudades ocupaban el tercer lugar. Eran grandes, recorrerlas a pie o en bicicleta nos dejaba poco tiempo para el esparcimiento… El sexo, bendito ejercicio de meditación intuitiva, instintiva; placer que deshace el

tiempo y nos aleja de lo que somos: animales temerosos, de cuerpos finitos, en pocas palabras: animales alimentados de deseo atemporal. Leticia había llegado virgen al matrimonio. Nos casamos muy jóvenes. La ceremonia fue modesta. Pocos invitados, básicamente: familia y amigos cercanos. A lo que iba, Leticia no había follado por amor hasta toparse conmigo. Me lo decía al correrse. Probablemente fuera mentira, pero a ella le ponía y a mí me elevaba a rango de Capitán General del Hedonismo en Pantuflas. Los movimientos de su pelvis me dejaban a un paso del renacimiento (existencial, que no artístico. Una cosa es follar y otra muy distinta que te follen como Dios manda, es decir, hasta romperte los huesos, entre la vida y la muerte, entre la nada y el todo). Supongo que te ha pasado, sentir que la muerte es prima hermana de la señora orgasmo. Nunca había sentido el interior de una mujer como si fuera un endoscopio. Le gustaba chupármela antes de que la penetrara. El tamaño de un pene puede que no sea relevante. La firmeza, sin duda. El porte y la elegancia de una polla se miden por la correcta acumulación de sangre en los conductos cavernosos. Las venas gordas, que diría una puta, tienen descuento. Volvamos a los viajes. Las grandes ciudades estaban infectadas de humanos y de contaminación y de serios imprevistos y de embajadas que contrataban a gilipollas para no resolver imprevistos. Nada de eso merecía colgarse la medallita de vacaciones soñadas. No obstante, visi-

tamos Lisboa, Londres, Vancouver, San Francisco, Roma, Berlín, Barcelona, Río y Sao Paulo, París, Nueva York, Hong Kong, Los Ángeles, Santiago de Chile… Ahora que lo pienso, en todos los hoteles de las grandes metrópolis follamos con preservativo. Sin duda, no era una buena idea. El contacto de la piel no puede simularse. Tampoco era la mejor manera de preservar a la especie. Nuestra vida antes de la guerra puede resumirse en un verbo maravilloso al que apenas prestábamos la más mínima atención. Vivíamos. Y era suficiente. Hay instantes que duran una eternidad. Mario tenía nueve años. El misil, unos meses de fabricación. Aquí no cabe aquello de *sin pecado concebida.* A veces me pregunto si la invención de la rueda, por ejemplo, no se le ocurrió a un tipo que soñaba con escacharle la cabeza a otro tipo sin dejarse la espalda en el intento. El ruido de las aspas, cómo olvidar aquel maldito ruido. Mimetizado con el cielo gris ceniza de aquel primer amanecer de la semana, se hizo presente la ausencia. El misil salió disparado del helicóptero alauí. Recordé el petardo que una vez hubo explotado en mi mano. Debía tener la edad de Mario. Pero claro, un petardo es sólo un verso que hace ruido; y una mano, la prolongación de un sueño material. Mario se encontraba en el sótano. Me ayudaba con la faena de diseñar un nuevo mundo. Siempre lo hacía. Hacer de mí cuando yo tenía su edad. Todas las semanas aumentábamos el stock de supervivencia. La mayoría, objetos de entreteni-

miento. Intentaba hacer de padre lo mejor que podía, y eso incluía enseñarle a mi hijo todo lo que sabía o creía saber. Nada de tenerle miedo al miedo. Uno debía procurarse la mayor de las autonomías, cubrirse las espaldas, ocuparse de los problemas aportando soluciones prácticas. Si había que trasladar al sótano un futbolín, una canasta de baloncesto, cuadernillos de dibujo y cuadernos de álgebra avanzada; decenas de juegos de mesa, los bates de béisbol y la colección de cromos de la superliga europea de fútbol; pues se montaba todo en la furgoneta y ríase Dios del Arca de Noé. Mario siempre fue un niño diferente. Tímido, que no retraído, en ningún caso representaba al bicho raro que se sienta en la última fila de la clase. Era muy inteligente, perezoso, dueño de sí. Destacaba en deportes de equipo. Un líder, como la madre que lo parió entre el dolor y la felicidad soberana. A menudo, mientras cenábamos, desarrollaba partituras filosóficas con una claridad turbadora. Recuerdo que Leticia me miraba con cara de universo paralelo. Yo devolvía la mirada a la velocidad de un hermoso recuerdo. Brindábamos, bebíamos y charlábamos por un universo de tres personas compartiendo el infinito. Recuerdo que Leticia lo animaba a dejar constancia de sus hermosas composiciones del mundo en un cuaderno no mayor que sus manos. Mario decía que cuando alcanzara a comprender lo que había dicho, podría entonces memorizarlo, repetirlo, escribirlo, mejorarlo, borrarlo, olvidarlo… Y sonreía,

con esa delicada constelación dibujada en la comisura de sus labios. Y luego nos abrazaba. Primero a su madre, aferrándose a su espalda como un koala a una rama de eucalipto. Prontamente, se acercaba a mí, y chocábamos los puños con la dulzura de dos poetas que boxean para desintegrar el cosmos, y arqueábamos la ceja izquierda, como si nos hubiéramos golpeado con un verso crepuscular. Hablaba del tiempo como si siempre hubiera existido. El pasado, para Mario, era como el carmín que su madre le estampaba cada mañana en la frente o los cachetes al despedirse en la puerta del colegio. <<Puedes borrarlo, papá, el pasado, pero el instante del beso entra dentro del bucle de la transformación dimensional. El carmín no dura mucho>>, me dijo una noche, mientras construía una nave espacial con palillos. Permanecimos un mes en el sótano. El gobierno había habilitado refugios provisionales en el Parque Nacional del Teide, donde el riesgo de desaparecer del plano mortal, decían, se reducía formidablemente. Misiles antiaéreos, tanques, helicópteros, el ejército en peso y la mayor parte de las fuerzas de seguridad del estado y todo gentil ciudadano uniformado, acampados a las faldas del gran volcán protector. Lo primero que pensé, lo recuerdo perfectamente, se formuló y reformuló en mi cabeza como un mantra o como una canción pegadiza y hortera. ¿Qué cara tendrá el soplapollas que dirige el cotarro? La gente iría cantando canciones de… no sé, Mary Poppins, y los *boy scouts* saca-

rían sus navajas suizas y las muchachas solteras y bien educadas regalarían mamadas, gritando: ¡Viva el amor libre! ¡Seamos *poliamorosos*, amigos y amigas! ¡Pásame tu tranca, soldadito de plomo!, y las abuelitas cerrarían los ojos o elegirían morir en la siguiente parada, y los cazas marroquíes serían atraídos por el cráter del volcán y desaparecían del radar como si se tratara del Triángulo de las Bermudas. ¡Por amor de Dios! ¡A campo abierto! En el sótano, imitábamos a Dios. Sus chistes existenciales eran nuestra paz, nuestra sagrada invisibilidad. La radio nos mantenía informados. Internet no funcionaba, tampoco la TV. Los muertos y desaparecidos aumentaban. También los pecados. Los soldados marroquíes no dejaban prisioneros; tampoco heridos. A decir verdad, cuando encendíamos la radio, teníamos la sensación de vivir en las ondas radiofónicas. Éramos vibraciones. Cuando la apagábamos, leíamos. Solos o juntos. Una página cada uno de una novela distinta. Mezclábamos a Palahniuk con Félix Francisco Casanova, a Gloria Fuertes con Virginia Woolf, a Bolaño con Joyce, a Platón con Salinger, a Don DeLillo con Lorca, a Alejandra Pizarnik con Marguerite Duras… En raras circunstancias hablábamos de la invasión. Sólo cuando las paredes retemblaban o el ruido de los tanques transformaba el silencio en la pesadilla de un mocoso, abandonábamos nuestras rutinas para colocarlos bajo el *paraguas* (una plataforma de acero inspirada en la estructura de un viejo para-

guas inglés del abuelo). Allí abajo, teníamos todo lo que necesitábamos. Echábamos de menos el sol, por supuesto. En mi caso, echaba de menos fumarme un pitillo en la playa en pleno verano a plena hora punta. El mar. No, el mar estaba con nosotros. Lienzos gigantescos que Leticia había pintado un año antes de que nos planteáramos seriamente, alegremente, tener un hijo. Estuvo año y medio dando clases en la Universidad de Edimburgo. Un día a la semana se sentaba frente al lago Ness. Pintaba playas canarias. Decía que el frío agudizaba sus sentidos y que le bastaba una gota de agua para sumergirse en Benijo, Corralejo o Las Canteras. Mario, con dos años, le preguntó por qué iba al lago. Hubiera bastado, claro, un escupitajo. Cuando regresó de Escocia, hacíamos el amor todos los días. Leticia había traído entre las piernas parte del lago. Su coño se humedecía sin apenas tocarlo. Es inevitable mentarlo. El monstruo, Ness, era un pene triste que deseaba regresar a su morada para que la leyenda continuara. Durante mucho tiempo nos amamos, tal vez sólo nos chupáramos como parásitos. Que tanto amor nos repeliera. La humedad del sótano me hacía recordar cosas maravillosas, que, desgraciadamente, no podía compartir con el único ser humano que alteraba mi espacio-tiempo; el ser humano que más amaba en aquél y en todos los mundos posibles. Mario, por supuesto, tenía su propia versión de los hechos. Nos quería a los dos. Sin preguntas. Sin respuestas. Se veía a leguas que

echaba de menos a su madre. Casi todas las noches repetía su nombre en sueños. Me atrevería a escribir que durante la oscuridad, cuando me despertaban sus gritos, yo también aullaba a la luna de los desaparecidos. Una tarde, antes de que el sol nos abandonara, me preguntó si su madre estaba viva. Le dije que hasta dónde yo sabía, residía en San Francisco, en una comunidad de creyentes. Me dijo que no utilizara eufemismos. En una jodida secta, le dije. Salimos de nuestro escondite. Deseábamos achicharrarnos como los guiris. ¡Oh, rey sol, luz de ti seré…! (poema extraído de la piel de Ramiro Buendía). El Ejército Español había infligido un serio correctivo al vecino africano. En un par de meses, los servicios mínimos comenzaron a funcionar. Se restablecieron hospitales, supermercados, entes públicos y privados, escuelas... Todo aquello que nos diferenciaba de los primeros asentamientos humanos. Apenas un millar de casas quedaron en pie. La gente se metía a la fuerza en cualquier agujero. Deambulaban por las calles y los nombres de las calles parecían robarles sus nombres y las farolas centelleaban y los perros callejeros se comían a sus crías y las ratas se comían a los perros callejeros. Sin pausa. In crescendo. Nunca podré olvidar aquellos rostros: la rigidez de la muerte, la furia vidriando sus pupilas, la muerte sombreando las faldas de sus ojos. Y los jóvenes… pobres semillas sin agua; siempre inconscientes, siempre equivocados, siempre imprudentes, siempre esquivando la adulta

soledad. Futuras leyendas de la nada. Otra generación fallida. La banalidad en ciernes. Nuestra casa seguía siendo una casa. Más oscura y menos nuestra, pero la llave encajaba en la puerta trasera. Permanecía pegada, muro con muro, con la residencia familiar de mi viejo camarada Chewbacca. Recordé aquel pacto de sangre sellado con kétchup del McDonald´s. Me entristeció descubrir que mi mejor amigo era ya sólo una voz diciéndome: una vez tuviste un amigo con más vello que cuerpo. Entramos en casa. Polvo, negrura, melancolía. <<La guerra no es la ausencia de la paz, la guerra es la ausencia del hogar>>, dijo Mario recogiendo del suelo una colilla con restos de pintalabios. Me abracé a él y me entraron unas ganas terribles de fumarme la vida. Las ventanas estaban rotas. El techo, deshecho. El timbre funcionaba. La puerta de la entrada no estaba. Imaginé a Chewbacca haciendo surf, galopando sobre el océano del tiempo con la puerta de mi casa bajo sus pies. También pensé en formidables tiburones blancos. Le dije a Mario que él, y solamente él, era mi hogar. <<¿Hablaremos del futuro o callaremos para siempre?>>, dijo Mario como si lo dijera yo mismo. Todas las noches me preguntaba si éramos los últimos habitantes de la isla. En realidad ya no había isla, habitantes, preguntas. Había transcurrido un año desde el cese de las hostilidades. Einstein tenía razón. La Tercera Guerra Mundial condujo a la humanidad al límite de la extinción. Durante meses no vimos a nadie

(los muertos son nadie pero también son alguien). La poesía era lo más parecido a un rostro humano. A menudo maldecía la poesía. Cuando convives con la muerte nada te diferencia de un fantasma. Y nosotros, como cualquier fantasma, podíamos atravesar las paredes que ya nada separaban, habitar castillos derruidos, pasar la noche en vela, experimentar el miedo de los seres de carne y hueso. En abril de 2027, una tropa de espectros armados hasta los dientes (soldados chinos y pakistaníes que huían de sí mismos) llegaron a Canarias, juntos, de la mano, como una pareja de enamorados dispuestos a matar a cualquiera que pusiera en peligro la correcta lubricación del amor. Lo cierto es que se mataron los unos a los otros. Qué viaje tan triste. Semanas después, arribaron a la costa sur de Tenerife los estirados soldados británicos, pero los cadáveres no toman té. Los últimos supervivientes de la isla se entregaron al mar, ese que los unía y los separaba. En barcos, veleros, pequeñas embarcaciones y pequeñas invenciones de andar por casa (neumáticos de coches unidos a restos de enseres). Todo valía para salvar el pellejo. La creatividad, qué carajo, siempre ha sido una excusa para estirar el tiempo. Mario y yo regresamos a nuestra madriguera. La puerta permanecía sellada (por fin una buena noticia). La mayor parte de la comida estaba podrida; las ratas, hormigas y cucarachas campaban a sus anchas; el humidificador no iba y el pilar de contención invitaba al desalojo. Oímos ruidos. Pensé

que las buenas noticias y las estrellas fugaces compartían el elevado espíritu de la brevedad. Encaramado en la estantería de Coetzee maullaba nuestro gato. Un siamés al que llamamos Wittgenstein. Tenía mordeduras en orejas y vientre, y numerosas heridas infectadas. No tenía cola. Estaba ciego de un ojo. Cojeaba. Hice lo que pude. Limpié, cosí, acaricié allí donde apenas había piel. Esa noche cenamos una onza de chocolate por cabeza. Reconocer en la dulzura el más agrio de los placeres es insoportable. Cuando se nos agotó el agua, lamimos la tableta de chocolate como Wittgenstein nos lamía la mano. Salimos al encuentro del viejo nuevo mundo. Costaba respirar. No estábamos en otro planeta, pero no había nadie con quién discutirlo, así que podemos decir que nos costaba respirar un mundo porque andábamos sobre las fauces de un planeta inanimado. Mario sangró por la nariz. Contuve la hemorragia con mi camiseta de los Goonies. Me la había regalado Leticia en nuestro viaje a Los Ángeles. Estaba firmada por Jonathan Ke Quan, alias Data, y Jeff Cohen, más conocido como Gordi. Era la primera vez que la usaba. Cuando llegamos de Los Ángeles, la colgué de la pared, en la librería, en la sección de novelas norteamericanas contemporáneas. Mario me dijo que era una película y no un libro, en cualquier caso, una película sobrevalorada. Le dije que era cultura norteamericana contemporánea y la mejor película de 1985. Sonrió y me pasó la camisa. Por el tinte

amarillento de sus mocos y el reconocible pigmento de la sangre, nadie podría discutir que aquella camisa era la bandera española. <<El óxido de nitrógeno ha devorado la capa de ozono y otros muchos elementos radiactivos pululan por el aire>>, dijo Mario con aires de químico. Me sentí orgulloso, también destruido. Recuerdo que experimenté algo parecido, hace siglos, como quien dice, en una acalorada discusión con el rector de la facultad de Historia. Pedí una cita con objeto de explicarle mi disgusto en relación a la única asignatura que me quedaba para finiquitar la carrera. Su puta asignatura. La parcialidad en sus criterios de evaluación era evidente, insultante. Me tenía manía por haberle metido mano a su hija. Silvia Ochoa tenía novio formal, un prominente abogado de Las Palmas que vestía como David Summers. Tenía las tetas más grandes que jamás hube venerado. Esa clase de pechos en los que uno podría vivir mil días sin pensar en la comida, sin pensar en la vida después de la muerte. Me refiero a las tetas de Silvia Ochoa. Yo era un estudiante contestatario, vulgar, uno del montón. Antes de que pudiera contarle lo desagradable que resultaba observar aquel OVNI posado en su labio superior, me dijo que hablaría él, que para eso estábamos en su despacho. El tono de su voz sonaba a pedo, a pedo anquilosado en la nostalgia de una fabada asturiana. Su monólogo de viejo chocho fue progresando, cómo decirlo, a un estado catatónico. Entonces, hablé: Quería decirle

que tiene usted un moco gigantesco, asqueroso, pegado en su labio superior. Sepa usted que comete un error gravísimo si no lo extrae como debiera. Uno nunca sabe cuántos bichos caben en un moco. Luego le hablé del examen. Y de su hija. A la que no amaba pero había amado. El profesor me preguntó algo... Entonces recordé la primera y última pregunta que le hice a su hija: ¿Puedo morir entre tus tetas? Silvia Ochoa me dijo que era el chico más raro que había conocido nunca. Wittgenstein retrocedió, maullaba desesperadamente, como la trompeta que anuncia la llegada de un enemigo indeseable (hay enemigos ciertamente deseables, que nos invitan a sacar lo mejor de nosotros), indicándonos acaso que el camino de la salvación jamás pasaría por el infierno. No vi llamas, ni burbujas gaseosas, ni a las musas de Palahniuk jugando a voleibol con la cabeza de San Pedro; pero un tufillo a defunción me hizo desfallecer. Caí a plomo sobre los restos de un velatorio improvisado a una tal María Montserrat Hernández, natural de Agulo (La Gomera). Dije esas cosas que se dicen en momentos críticos. Wittgenstein maulló. Retrocedimos. En el sótano nos cambiamos de ropa. ¡Rayos, cómo apestábamos! Los trajes de fumigación colgaban de la escalera. Los trajes no andan solos, así que nos los pusimos. Leticia pasaba horas con sus bonsáis. Le iban esas tonterías de la hibridación. Yo le decía que los bonsáis gigantes no serían bonsáis. Otra cosa, pero no bonsáis. Ella me señalaba el ca-

mino de salida. Wittgenstein salió a pelo. Siete vidas son muchas vidas, sobre todo cuando no puedes contarlas. El clima había cambiado drásticamente. El *intercambio nuclear completo* había propiciado el oscurecimiento global. Básicamente, la radiación y la amplificación del efecto invernadero asfixiaron al planeta. Las reacciones en cadena resultaron devastadoras para el ecosistema. Mario dijo que la magia de la vida se había quedado sin barita. Le dije que la encontraríamos. No me creyó. El nivel del mar, en Tenerife, aumentó. No sabría decir cuánto, pero ya no valía aquello del vaso medio lleno o medio vacío. Los pueblos costeros desaparecieron. En realidad los peces podían verlos, pero las cosas materiales nunca han sido del gusto de los animales marinos. Pese al mar y su manto de parda espuma, la isla era un páramo llameante. La capital no existía. Si hablamos de sensaciones, siempre había sido un muermo, pero de ahí a desaparecer, había un trecho que Mario y yo recorríamos, una vez por semana, en busca de vida. No era necesario que fuera inteligente. Nos bastaba un conejo o una gaviota, incluso un ratón de campo (no me preguntes la diferencia entre una rata de alcantarilla y aquél, pero supongo que la naturaleza le da a todas las cosas vivas un brío especial). El hambre es fea, sobre todo en una ruta turística entre la nada y el vacío. La última bomba atómica fue lanzada desde Pekín, en diciembre de 2027. El planeta Tierra murió, pero nosotros se-

guíamos vivos. Inmigrantes en nuestra propia tierra. ¿No me digas que no es una locura? Siempre imaginé que el Apocalipsis vendría de ahí arriba, en forma de objeto gigantesco, resplandeciente, fulminante. Que los ángeles y las caricias y las flores y los solsticios y las palabras hermosas y los gritos de asombro… ¡qué rayos!, se convertirían en una sola palabra, en una misma cosa: desolación. Ahora no importa ni el cómo ni el cuándo ni siquiera el ahora. Inmigrantes en una nueva Tierra. Nuestra patria es el hambre y su bandera la carne putrefacta de los cadáveres. La vida continúa. Eso decía la gente cuando alguien se mudaba al otro barrio. Ya nadie se atreve a mentar a los muertos. Que somos todos, a fin de cuentas. La vida se ha detenido. El pasado no es aquel manual al que aferrarnos. Todo es distinto. Ningún protocolo nos salvará de lo insalvable; ninguna técnica agrícola regenerará el silencio de las semillas incandescentes. La manzana sigue llamándose manzana, pero ya no es una fruta. Los pájaros vuelan. Caer a plomo también es volar, supongo. Por los ríos fluye el agua y flotan los peces. Los peces se suicidan en el agua rojiza. ¿Hay algo peor que emigrar a un no lugar? Sí, lo hay: vivir en la muerte. Rodeado de silencio y oscuridad todas las preguntas están huecas. ¿Hay algo peor que la eternidad de un instante infumable? Los primeros días el cielo se cubrió de luces hermosas. ¡Válgame Dios! Fuegos artificiales de una belleza insoportable. Los niños formulaban hipótesis, encantadoras

teorías sobre la naturaleza del mayor espectáculo lumínico que jamás hubieron contemplado sus ojos. Los mayores callaban. Cegados por la mudez de los colores mutantes. No tenían palabras para expresar lo que el alma les dictaba: *Niños, esas luces nos atravesarán el alma.* La radiactividad se hizo dueña y señora de cata átomo, de cada palabra, de cada idea y de todas las pesadillas que los supervivientes experimentarían en sus ojos abiertos como platillos volantes. Tocabas algo y se te caía el alma a cachitos. Las luces no te atravesaban, las luces te apagaban. La gente enfermaba, siempre ha sido así. No es novedad el deterioro. La originalidad de la muerte residía en su modo de hablarles a los hombres. Murmuraba, y todos la escuchábamos. La nana de la tierra baldía. Los dientes se separaban de los besos que nunca daríamos, el pelo huía de nuestras cabezas. Prohibido peinarse, decían. Galopaban los huesos, quebradas partituras de un camino incierto, las articulaciones se hinchaban como globos… brotaban llagas malolientes allí donde la carne seguía presente. Contemplábamos los árboles, y qué mala sombra cobijaba a aquellas frutas abortadas, descomunales. Los gatos se comían las siete vidas y las cucarachas volaban como halcones. Y todas esas hormigas recolectando cachitos de alguien. ¿Cómo asumir que la vida y la muerte son la misma cosa? En el futuro, todos somos inmigrantes. El hogar es el camino que conduce a otra ciudad cadáver. Ni siquiera la poesía puede salvarnos.

Ya no somos hijos de la Tierra. Ha dejado de amarnos. Estamos solos. La soledad también se ha ido. Inmigrantes en la Gran Nada. Wittgenstein parece feliz en su nuevo hogar. No hay perros y los ratones nacen con dos cabezas. Siempre pensé que el héroe sería yo, el padre que todo lo puede, la luz que guía al ciego y el bastón que da pie al tullido; pero fue Mario, mi pequeño hombrecito, quien nos salvó la vida. Yo llegaba de la ronda. Cada tres horas salía del sótano y me aproximaba a la ventana de novedades literarias. En el escritorio, junto a la caja registradora, había dos pistolas. La Smith and Wesson de Harry el sucio. Se encasquillaba a menudo y no era, de ninguna de las maneras, la pipa de Harry el sucio. La otra, una Beretta color plata que había limpiado esa misma mañana. Descargada, como un cuerpo sin vida. Un chino, desfigurado por bailar bajo la lluvia ácida, apuntaba a mi hijo con una ametralladora. No hay nada peor para un padre que morir antes que un hijo. El chino gritaba en chino. Levanté las manos, lentamente. Wittgenstein me rodeaba. Restregaba su cuerpo contra mi miedo. Con una voz gutural que nunca escuché, puse el grito en el universo: ¡Coge la del cabrón de Alfaguara y pégale un tiro a esa rata! Mi pequeño hombrecito recordaba la historia sobre el androide. Aquel ser luminoso que me hubo enseñado la foto de mi pequeño astronauta, cuando yo era un mocoso que jugaba a ser un hombre atemporal en el Soul Train (en cierta medida, la curiosidad nos hace

humanos; spoiler: [Tecla *Play*]. Pulsa *Play*. Cuando era adolescente, en la discoteca más cool de los 90, mi yo del futuro me mostró una serie de imágenes, inconexas entonces, que creía eran el resultado de mi amor por los *tripis*). [Tecla *Pause]*. Pulsa *pause*. Concéntrate hasta que la imaginación transfigure el placebo en *tripi*. <<La empuñadura negra, papá, como la mano del diablo o como los ojos infinitos de Dios>>, susurró Mario. Dos meses después (puedo decir dos como puedo decir diez), cuando la esperanza era lo único que podíamos echarnos a la boca, llegaron ellos.

Aspiradoras con alma

(2667-2669)

La vida era una piedra que lentamente
se iba gastando y afilando.

Raymond Carver

Estiremos las patas. Retrocedamos. Vértigo. He despertado. Una voz *caleidoscópica* me dice que he pasado los últimos seis mil años confinado en un *congelador*. Mi cuerpo, salvo la cabeza, ha sido desechado. Los *Originales* han tenido a bien colocarme un cuerpo metálico. En realidad, es una aleación de un mineral extraído de Plutón, más ligero que una pluma y más duro que cualquier elemento de la antediluviana tabla periódica. <<Recuerda que eres una anomalía cósmica codificada, Misisipi. Acéptalo. Te han concedido la inmortalidad. ¿Qué más puede pedir un bárbaro?>>, dice el programador. <<Quiero ver a mi hijo>>, le digo mientras observo el firmamento. Sobrecogedor. No hay estrellas, al menos, no desde mi nueva vivienda: una cápsula de mierda interconectada con otras cápsulas no mayores que una habitación de motel de carretera. Imaginen una molécula. Muchas moléculas en las que cabe un cuerpo y la mitad de su sombra. Las patrias del futuro son esferas conectadas, unipersonales. Un comunismo individualizado en el que la información es la única existencia posible, la única moneda de cambio. La vida

transcurre entre conexiones interdimensionales de correlaciones infinitas. Un torrente constante de recuerdos, datos, imágenes… que se cruzan y se retroalimentan. Los seres humanos del futuro, de este futuro, son un muermo. La gente, unos trescientos mil individuos, viven en pequeñas burbujas flotantes. En realidad, están suspendidas en el aire, puede que en el pensamiento, aún no lo tengo claro. No importa qué las mantiene ahí arriba, lo único relevante es que la gente no se mueve de su miserable burbuja. *Viven* interconectados por gigantescos cordones umbilicales. No hay coches voladores, no hay propósito de enmienda, no hay dinero maldito dinero que cantaba Amparanoia con Mucho Muchacho. No hay porno, no hay amaneceres, no hay enfermedades; no hay LCD, no hay violencia, no hay sexo; por tanto, tampoco huracanes. No hay sentimientos a flor de piel porque no hay piel que arrancarse. No hay dioses, no hay gente que llore a mares, no hay mares, no hay pena penita pena. No hay añoranza, no hay imbéciles, no hay dudas, no hay gobiernos, no hay arte, no hay marcianitos, no hay jefes, no hay lo que hay que tener, no hay esperanza, no hay excusas, no hay poesía, no hay sueños… ¿Qué hay en el futuro que merezca la pena? <<Placentas, trescientos mil pacíficos ciudadanos, y millones de robots araña>>, dice el programador. No te lo he dicho, pero el programador vive dentro de mí. No es un recuerdo, tampoco un sueño. Semeja a un ataque pa-

ranoico (¿consecuencia del letargo?). No es en absoluto una esquizofrenia galopante heredada de mi bisabuelo, un poeta que escuchaba voces, ecos del futuro, decía. <<No estás muerto, Misisipi. Alegra esa cara. Estás a un pestañeo de comprender los misterios del universo. Cualquiera de tus contemporáneos mataría por ser y estar donde tú estás y eres>>. Pamplinas. Mis contemporáneos son átomos de silencio. ¿Qué es algo en medio de la nada? Cada resucitado tiene su propio programador, diseñado a partir de patrones genéticos, culturales y afectivos individualizados. Los primeros *despiertos* se suicidaban en cuanto escuchaban la voz de su programador. Los que miraban a su alrededor, se desmayaban. Al recobrar la conciencia, se suicidaban. Se mordían las venas de los brazos. Una carnicería de las de antes. Los *Astrales*, responsables del proceso de adaptación de los individuos de clase 3, no lo impedían. Se quedaban absortos, maravillados, como si contemplaran a una hormiga asiática levantar cien veces su propio peso. La libertad universal, según la parábola de Baudelaire, eje de la armonía estelar y principio fundamental de las Placentas, es ineludible. ¿Por qué nos despiertan? <<Por el derecho inalienable a la vida. Un proceso selectivo de justicia poética>>. ¿Y mi hijo? <<En esta fase del proceso esa información carece de significado>>. ¡Déjate de gilipolleces! <<¿Qué significa esa palabra?>>. El estado de conciencia de los seres humanos del futuro fluye en una suerte de

nirvana. A mí me parece una extraordinaria bazofia metafísica. El programador me dice que las filias, fobias e intereses mundanos que guardo en mi memoria no me ayudarán a entender la inmortalidad. Le digo que bastará con arrancarme la cabeza y lanzársela a uno de esos gilipollas que levitan en sus putas burbujas. Vuelve a preguntarme qué es una gilipollez. Misisipi, concéntrate, me digo. En realidad no sé si lo dice el programador. Sea como sea, existen dos tipos de placentas: Placenta Sioux y Placenta Comanche. Las primeras constituyen la base *organicósmica* de la sociedad del futuro: analizan, filtran, canalizan, distribuyen y rastrean la información, datos e imágenes en cinco dimensiones; física universal basada en la perfecta combinación de procesos cognitivos, energía cósmica y plataformas avanzadas de inteligencia artificial. Imagina a Goethe, Einstein y Stephen Hawking conectados a un ordenador que multiplica su inteligencia de forma ilimitada. También es el lugar donde vivo con mis nuevos vecinos. No, no es en la Tierra. El programador dice que es una proyección etérea entre la mente y la materia; que me llevará un tiempo entenderlo, pero que me puedo hacer una idea visionando la secuencia de la *librería* en la película *Interstellar*… Las Placentas Comanche, por su parte, fabrican robots. Réplicas exactas de la *Eratigena agrestis* o araña vagabunda, muy común en la América del Norte del siglo XXI. Su misión es preservar la estabilidad de las Placentas en términos cósmi-

cos. Como ángeles de la guarda, dice el programador. Actúan sobre la anomalía, la eliminan y desaparecen con ella. Explosiones estelares, rayos cósmicos, agujeros negros y otras azarosas manifestaciones del universo son transformados en algo semejante al olvido. ¿Y ésa? <<La Placenta Apache. Antes acogía el transmutador espacio-tiempo. Dejó de funcionar hace siglos. Ahora es un cementerio. Ahí descansan los seres de clase 3>>. ¿Quiénes son? <<De momento, Misisipi, el acceso a esa información es restringida>>. ¡Qué te follen! ¿Qué coño hacen entonces los humanos? Es una larga historia. Resumiré para centrarnos en lo que real o virtualmente importa: ¿Por qué en el futuro la gente no folla? La historia del futuro, claro, empezó en el pasado. Con ellos, los *Originales*. Los norteamericanos siempre tuvieron un plan B. Mientras respondían a los fuegos artificiales atómicos de los Libertadores, construían a todo trapo, bajo la piel de Arizona, doce naves salvadoras. Así las llamaron. Pensaron en bautizarlas con el nombre de los doce apóstoles, pero la relación con Dios ya no iba bien. Cuando Washington explotó en mil pedazos, Trump dijo que Dios era un miserable, por abandonar en mitad de las llamas al pueblo de los pueblos. También se desecharon, por simplonas: *Apolo New Age, Sweet Nort America*, y *Nort America Saves the World*. En cualquier caso, lo importante, repito, fueron ellos: los Originales, maquinas perfectas de la insensatez humana. Recolectaban su-

pervivientes alrededor del planeta. Recuerdo cómo nos cebaron: hamburguesas, patatas, caviar barato, refrescos, helados, palomitas, miel… El segundo día nos embutieron en unas cápsulas. Nos situaron frente a frente, para que pudiéramos despedirnos. ¡Hijos de perra! ¿Cómo puede un padre despedirse de un hijo mientras el vaho de tu respiración te impide ver? Entonces, nos fusionaron con la madre de todos los sueños. El resto es historia. Informes y más informes. El programador me dice que mientras encuentro un método brillante e inaudito en la historia reciente de la humanidad para escapar de la Placenta, puedo entretenerme liberando espacio inservible en las Placentas Apache. Le digo que sí, que puede enviarme la información. Me dice que ya la tengo en mi cabeza. Empiezo por datos irrelevantes sobre la telequinesia. Año 2198. Cuando algunos individuos adquirieron la capacidad de meterse en el pensamiento del prójimo, la cosa se puso fea. Al principio eran unos pocos elegidos: los *Elementales*, surgidos del apocalipsis atómico. Hombres y mujeres de raza blanca, nacidos en los laboratorios de las naves salvadoras norteamericanas. Los últimos óvulos y espermatozoides que hicieron el amor. Estaba claro, a tenor de su despegado sentido del humor, que no habían conocido a un camello en su insignificante vida. El control por los nuevos avances científicos derivó en enfrentamientos persistentes. Por aquel entonces la guerra era dialéctica. Seres civilizados luchando por el control

de la civilización. ¡Buah! Durante las siguientes generaciones los altercados se recrudecieron. La telequinesia era global (la población rondaba el millón) y la gente no paraba de meterse en la vida de los demás. Medicamentos inhibidores, cascos, escudos de ondas. Nada de aquello funcionó. Y entonces, idearon los primeros módulos, naciones unipersonales autónomas. Podías vivir mil vidas. ¿Quién en su sano juicio querría vivir una sola? De un frigorífico a una burbuja. Mi cuerpo de hojalata, dice el programador, es una proyección inconsciente. Es evidente que quiero correr, señala. Aquí lo del espíritu hogareño se lleva a rajatabla, pero yo sólo pienso en huir. Le pregunto si todo dios se parece a esa cosa. Asiente con sus pestañas postizas, como de madame a punto de palmar. Las mujeres son pequeñas, apenas superan el metro y medio. Delgadas, huesudas, nada atractivas. Sus cabezas son alargadas y sus orejas puntiagudas. Calvas (el vello desapareció de nuestros recipientes en tiempos remotos, unos sesenta años después del holocausto nuclear. Una colonia de insectos, supervivientes alados, despertaron en un laboratorio de ingeniería avanzada, en la triste ciudad de Tokio. Y, criaturitas de Dios, buscaron un nuevo hogar. Depositaban sus larvas en el cuero cabelludo. A los dos días: ¡Pum! La cabeza del huésped estallaba en mil pedazos). Sus pechos son tristes, como el último suicida de Tokio tocándose los pezones para activar un paracaídas milagroso. Los tíos, más de lo mismo. Re-

pugnante. En lo que respecta al sexo, dejamos de ser funcionales, biológicamente, en la segunda década del siglo XXIV. Como los elfos de *El Señor de los Anillos* (algo grotescos, versiones diminutas). No, en el futuro nos convertimos en duendes, eunucos terriblemente bondadosos. En el año 2667, el sexo, obviamente, ha pasado a mejor vida. Los humanos del futuro son un coñazo. Los varones no tienen pene y las mujeres no tienen coño, como si los otrora órganos divinos se hubieran convertido en un jodido e inútil dedo gordo. La poesía es lo contrario al miedo, le digo. <<La poesía desapareció del mundo absorbida por un gigantesco agujero de gusano>>, aúlla el programador. Vomito. ***Informe sin número de registro* (detectada anomalía cronológica)**. El 1 de mayo de 2038 las mujeres de todo el mundo salieron a la calle. Todas con tacones. Algunas se los quitaban para andar descalzas. Parecían llevar pistolas o martillos en las manos, pero sólo eran zapatos desgastados. Los abuelos contaban que el ruido de los tacones de sus esposas, amantes, hijas, hermanas, nietas, suegras, jefas, vecinas, madres, amigas, primas, enemigas y un larguísimo etcétera de tacones de todas las marcas y copias de otras copias, podía escucharse al otro lado del universo como tambores de guerra. Un día antes, en París, la escritora y presidenta de la República Francesa, Virginie Despentes, fue hallada sin vida en la Torre Eiffel. En realidad sólo encontraron su cabeza. El asesino, según los vecinos, un

hombre como cualquier otro hombre, pasó a la historia como el asesino sin historia. El 5 de junio de 2038, la ONU, en asamblea extraordinaria, aprobaba por unanimidad la ley universal contra la violencia de género. Sonaba a cuento chino, al menos desde la irónica, sórdida y descabezada perspectiva de la historia ortodoxa. No es necesario mentar a las millones de mujeres maltratadas de todas las formas imaginables e inimaginables, en cualquier tiempo y espacio, para, al menos, caer como objetos invisibles en las fauces de la duda. Las reformas educativas adoptadas por la mayoría de los países occidentales en la segunda década del siglo XXI, habían propiciado-configurado un nuevo paradigma. La inteligencia emocional era el mapa. Faltaba que alguien pintara una cruz en el lugar indicado, en el momento adecuado, con la palabra precisa y la sonrisa perfecta, como diría Silvio. También que hicieran desaparecer de una jodida vez esa calavera, sobre fondo negro, ondeando en el imaginario colectivo como un mito de lo que sea. Se incrementaron las horas lectivas destinadas a crear espacios creativos, minimalistas, casi sagrados; donde los estudiantes sustituyeran los codos por los latidos. Pura poesía. Parece mentira que tardáramos tanto en descifrar la clave cognitiva de las emociones. ¿Budismo mezclado con física cuántica? La educación es un tesoro, y como cualquier tesoro, suele estar perdido o bien escondido. ¿De verdad existían hombres sin historia? Sí, los había a millones.

Educados para ser héroes o villanos. Imbéciles, pichaflojas. Tipos que creían que la poesía era cosa de niñas o de maricas. La calma después de la tormenta. Años. Días y noches donde los hombres sin historia seguían haciendo de las suyas. ¡Putos acomplejados! Se agruparon, como cucarachas, bajo las calles de las ciudades, en los retretes públicos y en los puentes intransitables. Cazaban de noche. Dejaron de ver el sol. Las penas de cárcel se endurecieron. Se creó un cuerpo especial de seguridad, expertos en detección temprana, decían, como esos cazadores de huracanes que graban con sus cámaras los entresijos del mal. En los hogares, en las calles, en las cabezas pensantes y no pensantes, en los tribunales y en las salas de cine, en los campos de fútbol y en las misas dominicales, se consolidaba la idea de igualdad, abanderada por una nueva generación de individuos capacitados para entenderse mejor a sí mismos y establecer, de este modo, sinergias empáticas con sus congéneres. No era magia. No era el eslogan de ningún partido progresista. Era el sentido común transformándose en el más común de los sentidos. Los niños, los borrachos y los abuelos nunca mienten. Mentira. El ruido de sus tacones podía escucharse al otro lado del universo. ***Informe sobre el alcohol***. En el futuro no hay alcohol. Tampoco hay coches voladores. Los alimentos y las bebidas caben en una cápsula, pero no hay cápsulas de alcohol. La poesía líquida desapareció de la faz de la Tierra, como una de esas ba-

hías que los huracanes convierten en arena. He buscado en las Placentas, por los circuitos clandestinos y por las salas de información poética (los tipos de la sala rara lo saben todo del mundo. Me cuentan que estoy jodido. Nada del otro mundo). Regreso a mi burbuja. Estiro las piernas en la proyección virtual de mi sofá. Abro una botella de whisky. Vierto la poesía en una copa que no existe pero que está bastante lograda. Dejo caer sobre el platillo de mi gato robot unas gotas. Se relame. Escribo un poema: *Mi gato no tiene lengua*. ***Informe sobre el boxeo***. <<Hemos llegado a la luna, hemos radiografiado el tiempo y el espacio, hemos descubierto el ADN, hemos inventado artilugios maravillosos por azar y coches que andan solos. Si hay que rezar, se reza: a Dios, a la ciencia y a todos los átomos de amor desperdigados por las alcantarillas o las estrellas. Mírame; eres fuerte, buena gente, inteligente, luchadora. Tienes el tabique nasal desviado, varices y el pelo ensortijado… (risas compartidas). Deja que me ponga tontorrón, y te diga que respiras acompasadamente cuando hacemos el amor y el amor nos hace, sí, y tu piel sigue siendo la extensión de mis brazos y el viento se va por donde vino, airado, porque las ondas de tus cabellos son inamovibles. ¿No es el ring donde las luchadoras se dejan la piel? Seré tu sparring>>, dije asustado como un peso pluma en medio de un huracán. Mientras la luna ilumina el mundo nosotros dormimos. Irene dormía. Tenía siete años y diez

días cuando su madre perdió un pecho. ¡Padecía pesadillas estranguladoras! La más triste era aquella en la que sentada, en un acantilado, mamaba del pecho extirpado de su madre. Se levantaba sudando, como si un océano de lágrimas hubiera bañado su cuerpo diminuto. <<¿Mamé más de la cuenta, papá?>>. ¡Dios bendito! Esa frase me mataba. La piel de gallina era un monstruo con alas. Mis respuestas eran absurdas, entre el optimismo infantil y la senil amargura. Irene me auscultaba con los mismitos ojos de su madre, que escuchaba música con los ojos cerrados (la banda sonora de la soledad del corredor de fondo). Sabía que en el ring una no puede quedarse en la esquina, a verlas venir. Entonces, separaba los párpados, guardaba los auriculares inalámbricos y escondía, con firmeza, sus manos delgadas como rayos en los guantes de boxeo. Golpeaba el saco (¿el ser humano inventó las metáforas para que los nudillos no sangraran al golpear o golpearnos?). Progresaba, era constante en el entrenamiento, cuidaba su alimentación como si no hubiera mañana que echarse a la boca, contaba chistes malísimos sobre los golpes bajos, y, consciente de la importancia de dominar los sueños, cumplía a rajatabla las horas de descanso recomendadas por el entrenador. Un tipo muy majo ceñido a un traje de competición impoluto, una especie de bata. Se daba un cierto aire con esos detectives cuyas gabardinas almacenan los misterios del mundo. Irene dormía en nuestra cama. Las pesadillas remi-

tían. Le dije que los acantilados eran lugares mágicos, puntos estratégicos de reciclaje energético; y que los amaneceres eran la forma más pura de poesía. Irene sonreía, como si sólo existiera el ocaso, y mantenía en sus labios el amargo regusto de aquella leche que en sueños fluía, que manaba del vacío o del manantial del desvelo. Nos aficionamos a la fotografía, un método sencillo para engañar al tiempo. Les poníamos nombres cursis a las instantáneas (en los inviernos grises, tristes y fríos, las verdades como puños demandan paisajes cursis). El primer combate tuvo lugar un año después de la operación. Irene madre (además de mirada compartían nombre), estaba en su peso justo, con sonrisa de *femme fatale* y el ánimo por las nubes. Llovía. Una lluvia que invitaba a la estampida. El contrincante no tenía rostro. ¿Imaginárselo? ¿De qué serviría? Si no tenía semblante, habría que buscar otra zona donde asestar el golpe, duro como un rompehielos, que lo enviara más allá de cualquier espacio definido. La fama del adversario, crecía o decrecía según el día. Aquel día era gigantesca su leyenda. Manos herculinas y ojos llameantes, decían. Empate técnico, dijo Irene *madre*, enfilando aquel pasillo blanco como el olvido. Pasaron quinientos días. Hija y padre nos sentamos en primera fila. Teníamos nuestras cámaras a mano y el corazón en un puño. El gran combate: luces de neón, flashes, purpurina, acción. El megáfono escupió su nombre. Subió al ring. Se hizo grande. Apenas cabía su sombra en el

visor de la cámara. Desplegamos una pancarta con una frase de Roberto Bolaño. El árbitro miró su reloj. Sonaron de fondo todas las bandas sonoras de películas de suspense. Sonó la campana. El rival se rajó. Le dije a nuestra pequeña que el monstruo había perdido el tren. <<Los monstruos no necesitan trenes, papá. Se suben, cabalgan en nuestras espaldas>>. ***Informe sobre los bosques***. En el futuro no hay bosques. Tampoco hay poesía. Hay huevos fritos y casas muy cutres dentro de ciudades diseñadas para el aburrimiento eterno. No hay coches derrapando en el cielo. Volvamos a los bosques, al fin y al cabo, uno no puede vivir sin respirar. En el museo hay árboles; hologramas sofisticados que desprenden aroma a verdad. Las hojas secas se exhiben en las vitrinas centrales, iluminadas por fuegos artificiales en miniatura. Todo un espectáculo. Si uno acerca la mirada a la inscripción dorada que levita frente al hermético recipiente, puede leer/tararear/gritar: *Alma de árbol.* Área H_2O. Un androide introduce sus dedos metálicos en el río. Suena a río, chirrían sus dedos inalámbricos. Las proyecciones virtuales en cinco dimensiones están la mar de conseguidas. Uno mete el dedo en esa especie de algo y percibe algo que es una especie de nada. Los niños experimentan el hermoso culebreo de la hechicería. Tocan el agua teatralizada de un río extinto. El androide enumera los bosques, las cordilleras, las siluetas perdidas de la primavera. Lee un poema de Whitman. Los niños no entien-

den ni papa. Se enciende una pantalla gigantesca. Letras en tres dimensiones: *En los bosques habitaban fieras con hambre de luna, plantas carnívoras, seres de otro mundo, plagas, arenas movedizas…* El androide se quita la careta. Pelo a doble raya, arrugado y anémico el rostro. Lleva una chapa de Infinite Entertainment en la solapa izquierda de la americana. Se acerca a los niños con paso de niño: <<Hubo un tiempo en el que la gente dibujaba corazones en las cortezas de los árboles. Y esquelas. Y toda clase de boberías>>. ***Informe sobre las Placentas***. El programador insiste: <<Esa información no está disponible para sujetos de tercera clase>>. Le digo que una vez conocí a un erudito, con barba y restos de comida en la barba. El tipo había ideado mil maneras distintas de mandar a cualquiera a paseo. Le pregunto si lo pilla. Me dice que nuestros pensamientos están sincronizados, así que puedo ahorrarme la antipoesía. Pido perdón o lo más parecido al perdón que puedo rescatar de la memoria. El programador me dice que no está capacitado para simular compasión. Me siento como un chicle pegado en la nariz de un pringado. <<Recuerda. Si accedes a la información clasificada, los robots araña te devolverán al sueño eterno>>. No puede ser peor que esta macabra sociedad de cortocircuitos. <<Una sinopsis. Eso es lo que hacíais, ¿no? Leer la sinopsis de una película antes de verla. Atento, Misisipi: las jerarquías se basan en un algoritmo que permite o restringe el acceso a la información de la

Placenta Sioux. En resumen: tú estás en el último escalafón. Clase I: *Originales y Elementales*. Clase II: los últimos descendientes de los *Originales*, denominados *Astrales*. No te caerán bien. Clase III: criogenizados, también llamados *Residuos Reptilianos*. Sí, pringados de toda la vida>>. Le pregunto por qué diantres no me cuenta de qué va todo este rollo. Me dice que para eso están los *informes*. Pienso en el sonido de las olas, me dejo llevar… incluso cierro los ojos, relamo mis labios que ya no son mis labios, como si besara a una mujer que traduce el sonido de mis cuerdas vocales con la punta de su lengua. <<¿En qué piensas, Misisipi?>>. En nada. En la nada. En nada que te importe, ¡joder! <<Por el derecho inalienable a la vida>>, dijo el programador. No es cierto. Estudian los procesos del mal en nuestro código genético. El REM (Regulador Emotivo de la Memoria) ubicado en el núcleo de la Placenta Sioux, ha detectado, en algunos Residuos Reptilianos, ligeras modificaciones en su corteza cerebral. Según los datos de mi ADN, soy el ejemplar óptimo para el estudio. Los informes que el programador transfiere a mi consciencia son parte del experimento. Algunos archivos son rejuvenecedores: me trasladan a mis años de infancia y adolescencia. Otros, parecen parte de una novela, hechos que no recuerdo, palabras que nunca dije. También están los relacionados con las mujeres que amé y me amaron. Éstos son ciertamente perturbadores. ¿Está en la Placenta Apache? <<Es una posi-

bilidad>>, contesta el programador. Mi hijo, escúchame bien… ¿está en el mundo de los vivos? <<Es una posibilidad entre un millón>>. ¿Por qué no me lo has dicho? <<¿No me lo has preguntado?>>. Sabes, debes saberlo, ¡estás dentro de mi puta cabeza! ¡Mi único propósito en este mundo es encontrarlo! <<Te hablaré con franqueza, Misisipi. Según mis datos, tu prioridad es encontrar una hembra de tu tiempo, en realidad, de cualquier tiempo>>. Puede que cuando salga de esta mierda apocalíptica a la que llaman vida, lo primero que me venga a la cabeza sea el coño de una mujer embarazada con el careto de Monica Bellucci, que ruega, por los dioses antiguos y futuros, que se la meta por el culo. Esta mujer libre, hermosa, inteligente, madre y esposa independiente, de cuyos senos mana leche evaporada, no existiría en mi universo de posibilidades si Mario no fuera, acaso, el único universo posible. La prioridad es escapar (en este paréntesis el lector debe omitir todas las palabrotas que aprendió desde la más tierna infancia), si en mi búsqueda se cruza una puta, una física cuántica o una señora amish con enaguas, la imagen de su coño, qué demonios, entraría sin vaselina en el inventario de mis necesidades inmediatas, animales, ¡entiéndeme! En cualquier caso, ya no tengo polla. Olvida esta conversación. <<No estoy programado para olvidar>>. Sabe que lo sé. Incumplir la ley es mi única salida. Me enviarán a la Placenta Apache, buscaré a mi pequeño y, ¿luego? Luego estaremos juntos. ¡Al dia-

blo la eternidad! Puede que las arañas vagabundo devoren lo que ya no soy. Es una posibilidad. Si mi cuerpo, tal y como dice el programador, es una proyección inconsciente, es evidente que transformarme en el puñetero hombre araña también es una posibilidad. ***Informe sobre gente muy rara.*** Los rayos ultravioletas licuaban sus pupilas. Hay gente que se come a la gente por los ojos. Caníbales de impulsos electromagnéticos. Todos conocemos aquello de que los ojos son niños. X se pasaba la vida iluminando reinos de sombras; planificando la guerra de las guerras: el apocalipsis de todo ente lumínico. Hacerle morder el polvo al sol. Que los esputos del astro rey resplandecieran en un frasco de mermelada. Tal era su destino. Amanecía. Cruzó las teorías del color y los océanos de fuego. Llegó a la tienda clandestina. Un anciano que se daba un aire con W. Burroughs, apagó la luz. A tientas, entre tinieblas, anduvieron a lo largo y ancho de un túnel cavado para que lo ancho y lo largo dejara de ser una promesa, una meta, un desafío dimensional. Hacía frío. X pensó que el anciano era niebla. Andaba lento, casi levitaba. Al final del túnel no había luz. El anciano se detuvo. Abrió la puerta. Una estantería gigantesca cubierta de telarañas y escarcha, como si alguien hubiera colocado una capa de tiempo sobre otra. <<Estás de suerte… todas a precio de saldo. Ignífugas. Utilizadas por los servicios secretos de la Unión Soviética>>, dijo el anciano retirando el iceberg de las lentes como si escalara el

Himalaya a la pata coja. A menudo se preguntaba: ¿A qué huele el sonido? Separar cada átomo, cada decibelio. Moldear a su antojo el ruido del mundo, descomponerlo, hacerlo añicos, potaje; merendárselo, vencerlo. El sonido era para Y como un poema intraducible. Podía leerlo a una distancia, como decirlo, invertebrada. Le picaba a rabiar el tímpano cuando los versos simulaban gritos de desesperanza. Dejaba de leer. El silencio la abducía como los ovnis a las vacas. Le encantaba el cine. Las películas de mutantes, zombis y cosas por el estilo. Los zombis no hablan. Eso molaba. Los mutantes lucen trajes cojonudos. Eso también molaba. Su silencio, al que aspiraba, era un arma de doble filo: tan quimérico como ensordecedor. X e Y se conocieron en una carretera secundaria. X, hacía dedo. Y, conducía un Chevrolet camaro del 68 que había salido en una peli americana a mediados de los setenta. X le preguntó el nombre de la peli. Y, no tenía ni idea. X llevaba sus gafas plateadas, su traje sintético en plan astronauta, su desteñida boina de explorador. Y, llevaba unos cascos enormes que cubrían sus hermosos oídos (X pudo verlos, como trozos de cielo esperando la lluvia y luego el arco iris, cuando Y le preguntó adónde se dirigía). <<Voy al castillo de la luz invisible>>, dijo X. <<Me pilla de paso>>, dijo Y, pestañeando como el intermitente del Chevrolet. Llegaron al castillo. Hombres y mujeres ataviados con ropas holgadas, blancas como la nieve desnuda (posible anomalía metafórica). X e Y

caminaron. Juntos, que no de manos. Aún era demasiado pronto para fusionar sus sensibilidades, para ser novios inmateriales o decirse guarradas al oído. Se sentaron. X cogió una revista. Se ajustó las gafas. Y, sonrió (eran las gafas más raras de la historia óptica). X no pudo contemplar la simétrica sonrisa de Y. X entró en una habitación. No es necesario describirla. Es suficiente con cerrar los ojos e imaginar una habitación con las persianas cerradas y una luz tenue alumbrando dos sillas, dos cuerpos, dos relojes de pared. El príncipe de la blanca espuma le dijo que ya era hora de tomar la luz por los cuernos. X imaginó sus labios en los labios de Y, pero el príncipe de la blanca espuma conocía el tráfico bacteriano que fluye en un beso. Jamás leyó *La Celestina*. Según el príncipe de la blanca espuma, Y había cruzado el puente hacia el castillo del nunca sonido. <<Por allí>>, le dijo. X aceleró el paso. No le iba la vida en ello, pero pensó que es bueno correr porque la muerte siempre corre más rápido. Esperó en una sala insonorizada. No había cartones de huevos en las paredes, pero X pensó en ellos, así que tú también puedes colocar cartones de huevos, aquí y allá. <<¿Qué tal te ha ido?>>. <<Dice la princesa de ondas sonoras que la velocidad del sonido varía según el medio y, que, por mucho que corra, no lo alcanzaré. ¿Tú qué tal?>>. <<El príncipe me ha escrito un poema. Si lo leo al revés, podré mirarte para el resto de los días sin arder>>. <<A mí me ha dado un poema con voz, ya sabes,

una canción. Debo escucharla, tararearla. Es de un grupo checo: *Kurva Zvuk (A la mierda el sonido, en correcto castellano)*>>. ***Informe sobre la generación agilipollada***. Ya nadie deshoja margaritas. Miento. Existe una aplicación de móvil que hace el trabajo sucio para que el dedo corazón no marchite. ***Informe sobre los escarabajos peloteros***. Los egipcios lo sabían desde tiempos inmemoriales. Los escarabajos peloteros utilizan la luz de la Vía Láctea para guiar sus movimientos. Mueven sus pelotas de mierda en sintonía con la luz de la galaxia. El excremento, después de enterrarse y desenterrarse, servirá de alimento para los bebés escarabajo. Éstos hubieran preferido que la Vía Alimentaria fuera láctea. Tal vez jugar a fútbol con bolas de golosina. Reencarnarse en Jepri (deidad solar egipcia con forma de escarabajo). A la mierda, rezarían. ***Informe sobre algún museo del viejo mundo***. En el futuro no hay pasado. La memoria es ahora un punto sempiterno suspendido en el aire. Suena triste y resuena en los confines del universo como una súbita explosión de palomitas en el clímax de *La historia interminable*. Recuerdo los bombardeos, la sangre huyendo de los cuerpos, los gritos de auxilio y los gritos de silencio. Llovía. Una de esas lluvias que no se olvidan, que te empapan el alma y la ropa como si fueran una misma cosa. Nos refugiamos en algún museo del viejo mundo. No sabíamos bailar bajo la lluvia. (Algo parecido al kétchup inunda la sala. Y tal como vie-

ne, desaparece). Apenas medio centenar de personas impregnadas de espanto. Desesperadas, como gatos en busca de las últimas ratas. Algunos se colocaban en posición fetal, como si quisieran volver a nacer. Los dioses de la planta baja, erigidos para celebrar el milagro de la espiritualidad, permanecían atrapados en la fe de aquellos que rogaban por sus vidas prometiendo toda clase de imbecilidades. Disculpen el exabrupto, pero en tiempos de ruido las palabrotas son como escudos, mejor, son como palabras rotas que nos distraen del horror. La lluvia cesó. Las gotas dieron paso a las bombas. Corrimos a la velocidad de la luz. Una luz hecha de sombras. Intermitente. Salvaje. (Ruido. Puro ruido persiguiéndonos. El técnico de sonido nos guiña el ojo. Es tuerto). (Posible anomalía óptica). Llegamos al sótano. Puede leerse: *Yacimiento del museo sin nombre*. Alguien preguntó que quién nos atacaba. Una muchacha de rostro angelical dijo que el enemigo es el olvido, y que para evitarlo, el hombre había inventado los museos. (Juego de luces. Cristales rotos. Las llamas envolviéndolo todo). Primero la lluvia, luego las bombas y, finalmente, claro, las lágrimas incendiarias. Convenimos en mantener la calma. Ya saben, aquello de después de la tormenta... Al fin y al cabo, estábamos rodeados de maravillosos fragmentos de tiempo. Además, había una máquina expendedora de patatas fritas, chocolatinas, golosinas y refrescos. El fin del mundo no era para tanto. (Una especie de sábana gigantesca

color púrpura sobrevuela el anfiteatro. Tímidos aplausos. Desconcierto. ¿Alguien tiene monedas para la máquina?). La muchacha de rostro angelical recitó unos versos de *Las flores del mal*. ¿Que cómo acabó todo? El hombre desapareció de la faz de la Tierra. Imagina la nada. La nada enferma. ¿Y nosotros? Nosotros sólo somos ecos, sonidos huecos, androides sin alma ni cuerpo. Representaciones de un pasado que ya no existe. Restos arqueológicos. En el futuro, no hay pasado, recuerda. ¿O era al revés? La gente aplaudió. Unos expresaban su febril entusiasmo por haber contemplado el miedo en los ojos del otro; otros: que si sí, que si no; algunos pidieron autógrafos y a otros les daba más vergüenza que miedo. Un no sé qué. Incluso dicen que una pareja de desconocidos perdidos en el interior del museo, encontró el amor. Aún hoy se les puede ver, yuxtapuestos, acaramelados como esos refrescos de principios del siglo XXI, sentados en cualquier lugar, contándoles a sus nietos el día que visitaron un museo del viejo mundo y sintieron chispas, milagrosas explosiones del ayer, acaso de la eternidad. Nada que ver con el miedo. Algo así como contemplar un objeto de mil años de antigüedad, y saberse, sentirse, viajero en el tiempo. ***Informe sobre el sueño***. Mientras duermo soy otro, pues sueño. Cuando despierto del sueño, soy otro, pues he dejado de ser el ser que sueña. Sea como sea, antes de las 10 de la mañana, no soy persona. Hasta esa hora, el mundo no existe. No importa.

Soy otro. Siempre soy otro. ***Informe sobre los indios y los vaqueros***. Los indios eran los buenos. Cortaban cabezas pero fumaban la pipa de la paz. Los vaqueros eran unos mal paridos. Imagina a Trump con un rifle en cada mano galopando en un caballo con los ojos inyectados en sangre, gritando a los cuatro vientos, sagrados o polvorientos, que todo cuanto ven sus ojos y todo cuanto guarda el horizonte en sus párpados, es del hombre blanco. Y suyo, claro, por nacer con una peluca del color del sol. En el futuro los indios tendrán el control. Placenta Sioux. Recuérdalo. ***Informe sobre el primer beso***. La lluvia no hace distinciones cronológicas, pensé cuando dejé de respirar, como si me estuviera fumando un cigarrillo de cemento. Encenagado, como un abrazo sin horizonte. Era primavera. En primavera uno puede sentarse en el banco de un parque y no pensar en el primer morreo. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿De quién será la lengua? A la naturaleza le sobra belleza. En invierno, uno puede leer sobre la naturaleza de la belleza. Ensayo mejor que novela. Pensé que el tiempo curaría el tiempo anterior al beso. La negación me recordaba al bosque de *La Historia Interminable*. El caballo hundiéndose en el lodo. La tristeza haciendo su brutal trabajo. La nada aproximándose. La soledad vivía conmigo. A veces me enviaba postales. Depresivas. Con la misma posdata: *Quédate conmigo pese a la invisibilidad de mis labios*. Dicen que después de la tormenta llega la calma, pero eso es men-

tira; después de la tormenta llega el tormento. En aquella época aprendí a besar con lengua. Si me paraba a pensarlo, era un poco asqueroso. Millones de bacterias revoloteando en el dulce, ácido, salado y agrio verbo amatorio. Crematorio y amatorio, qué triste final para un par de labios. ***Informe sobre la mierda***. En el futuro ya no puedes mandar a nadie a la mierda, entre otras cosas, porque defecar es un acto primitivo que induce a los/las señores/as del futuro a simular una desencajada y casi atada carcajada. Duele escuchar la simulación de algo tan bello. El proceso de la fotosíntesis, la conversión de materia inorgánica en materia orgánica a partir de la luz, representaba la manera más natural, sencilla y eficaz de generar energía. Los alquimistas del siglo XXII le dieron una vuelta de tuerca. No me preguntes cómo. Nunca fui de buena boca. ***Informe sobre el hombre que solamente tenía un libro***. *Poemas y Antipoemas* (Nascimento, Santiago de Chile, 1954). 160 págs. Rústica a dos tintas. Autor: Nicanor Parra. ***Informe sobre la francotiradora.*** Llovía. Tocaron a la puerta. Llamada a filas. De la guerra solamente sabía que olía a podredumbre. Serás una heroína; dibujarán tu silueta en los colegios; cantarán loas en tu nombre hasta el confín de los tiempos, le dijeron al son de la metralla. La lluvia arrecia. El fusil resbala. Aprieta el gatillo. Hace saltar por los aires, el retroceso, su hombro derecho. Se lo coloca ella misma, ella misma dispara de nuevo. Es capaz de oler el miedo a cientos de me-

tros de distancia. Los camaradas no le dijeron que la violarían en los días tristes de la guerra; que sólo sería igual a ellos en sus ratos libres, con los ojos abiertos o cerrados; poco importaba cómo quisiera ella gobernar sus desvelos. La francotiradora rusa, célebre por transformar los puentes de las narices nazis en partículas elementales, regresó de la guerra. Había sido mejor, mucho mejor, que la mayoría de sus camaradas. Su fama se extendió como la pólvora. En Moscú, durante la cena de gala, le rindieron honores. Sus mejillas ardieron, pero su corazón se derretía. Puso nombre, apellido y rango a todos los malnacidos que hubieron mancillado su cuerpo, mas no su alma… ¡Válgame Dios, para tal desagravio esos malditos bastardos tenían que haberle arrancado algo más que las bragas! Los aplausos desaparecieron. Un general rodeado de cuervos le dijo que ya no la necesitaban, que la carrera militar era un tema serio y, las mujeres, hasta donde alcanzaba su tino y la información disponible (informes todos ellos ciertamente serios, proporcionados por espías, intelectuales y científicos de la gran madre Rusia), existían por designio divino para entregarle al hombre sus frutos. La carrera militar, señorita, no es para fulanas. La francotiradora escupió. Jamás erraba. Su saliva se mezcló con las gotas de vodka que resbalaban por la perilla del general. Hubiera querido volarle la tapa de los sesos, pero matar no está bien. Enterró su medalla. Llovía, pero el agua no podía mojarla. Abril, 1944. ***In-***

forme sobre un incendio. El 29 de abril de 1986, en la biblioteca central de Los Ángeles, un incendio destruye 400.0000 libros. Dicen que nunca antes el cielo brilló tanto. ***Informe sobre Atapuerca (I)***. El androide se preguntaba qué había de mágico en correr. Analizó los datos disponibles en el archivo: *Carreras celebradas en el planeta Tierra desde el principio de los tiempos*. No es lo mismo, se dijo, correr hacia delante que correr hacia atrás; huir de un mamut que huir de uno mismo. En absoluto es recomendable correr descalzo si uno dispone del calzado adecuado. El androide, que no había sido diseñado para bailar, correr o saltar, sospechaba que alguna forma de chispa, de inspiración o de metabólico ensueño, andaba detrás, como un perseguidor perseguido, del arte de correr. Concentró toda su energía en dilucidar la poesía de los pies andantes. A punto estuvo de saltar por los aires, de bailar con el fuego, de correr como el tiempo, sin detenerse jamás; pero halló un lugar donde el espacio y el tiempo corrían a sus anchas. Supo de inmediato que la variable andaba sobre la milenaria piel de Atapuerca. Aquellos que hubieron pintado seres delgados como flechas en las paredes de las cuevas, intuían, sobrecogidos, que era semejante correr hacia atrás que hacia delante dentro de un círculo. Y que el mamut, enemigo vital, se detendría para siempre en la pintura. ***Informe Atapuerca (II)***. Cada cierto tiempo sentía sobre su piel un manso cosquilleo. No daba para la risa, pero sí para la ale-

gría fugaz que sobreviene a la cosquilla. Sentía también otros apretones, casi pellizcos, otras formas de explorar el movimiento. Ponerse en su piel y recorrer su propio vacío. No obstante, lo que la Tierra echaba de menos, era correr en busca de su otro lado del mundo, descomponer el picor de su espalda rascándose con los pies que inventaban huellas. Su lucha contra el cronómetro también era su lucha. Ella, que nunca había pisado la escuela, sumaba los números de los dorsales para certificar la victoria del esfuerzo sobre la inanidad. Y el corredor se detuvo. La Tierra dejó de sentir el cosquilleo, el movimiento, la fe del explorador. Y el corredor pintó grafitis en las cortezas de los árboles. Poesía orgánica. ***Informe sobre la desaparición de los animales***. Los animales desaparecieron. Eso es todo lo que hay que saber. ¿Y las cucarachas? Ellas tenían un plan. Un mensaje que el ser humano no supo descifrar. ***Informe sobre un documental de La 2***. ¡Qué hermosos son los bosques de Letonia! Hay páramos para aburrir a un ciego y cascadas de aguas ambarinas. Un par de caballitos de diablo se baten en duelo batiendo sus alas. Una familia de osos pardos compuesto por mamá y dos oseznos andan a sus anchas alrededor de un río. Un macho aparece. Mami emite un chasquido. Los oseznos trepan a un árbol. El macho olisquea. Piensa cargarse a los pequeños para que mami se ponga en celo y hacer lo que hacen los osos para tener oseznos. Aparece otro oso. Más fuerte, más oso. Sus babas son más

grandes y su pelaje excepcional. Olisquea. El oso cuyo pelaje es normalito se aleja del mundo. El oso de babas excepcionales y pelaje grandioso reconoce a la mamá. Han tenido un escarceo, lejano en el tiempo pero cercano en la memoria del aire. Las osas, Dios las tenga en su gloria, intentan hacer el amor con el mayor número de osos para que sus crías sobrevivan. Eso es amor y no mis pajas a mano cambiada. Hablando de amor. Una pareja de caballitos de diablo hacen el amor. Se juntan formando un jodido corazón, en ocasiones perfecto. Créeme. Eso es poesía. Después del intermedio, mientras muerdo mis uñas, una a una, como un bebé chupando las tetas de todas las madres de su edificio, aparece un árbol en pantalla. La copa de un árbol. En realidad, el árbol y la copa siempre han estado ahí, así que su aparición no implica movimiento. En modo alguno los árboles se aparecen como fantasmas incendiarios. ¿Qué aparece? El pico de un ave. De unos veinte centímetros. Y dos huevos a punto de eclosionar. El primero en eclosionar vive. El segundo es lanzado al vacío por el pico que ha desaparecido de pantalla. Créeme. La naturaleza es brutal. ***Informe sobre las plantas carnívoras***. ¿Por qué una planta carnívora es carnívora, y no una planta que se regala a una madre por el día de las madres? Nutrientes. Su ausencia es letal, así que toca morder. ***Informe sobre la frontera***. Hubo un tiempo en el que el mundo cabía en un párrafo. Un párrafo tatuado en el cuerpo de una mujer; una mu-

jer cuya frontera trascendía los cerebros y los labios y los ojos y los senos y los versos por los siglos de los siglos. Sin amén. El mundo, decimos, cabía en un párrafo. Un párrafo de luz en las sombras de otras mujeres que soñaban con cruzar la frontera del tacto invisible, ora olvido de alma pasajera, ora absurda remembranza de una misma. En el día la luna es muda, así comenzaba el párrafo que a nadie es ajeno porque la distancia no siempre es olvido. Recuérdalo me digo. Y de aquellas mujeres que lucharon contra todas las malas suertes y las malas artes, contra todos los malos vicios de hombres que amaban sólo los misterios escondidos bajo faldas enemigas, queda una frase meteórica en las cicatrices de la luna; que en la noche habla, llora, grita, con voz de sirena de ambulancia y no de escama fosilizada. Y la frase se deshace como olas gravitatorias que agonizan en el rostro del mismo acantilado, y emerge, esa palabra que es dulce tormenta. Bendita, habitará en el mundo: ¡Igualdad! ¡Frontera amiga! ***Informe sobre el fantasma de las bragas de oro***. Cuando uno tiene hambre se come hasta los rayos. Y si el cielo no presagia tormenta, pues uno se inventa los rayos. Y los mastica despacito, no vaya a ser que las chispas carbonicen el espíritu. Eliot pregunta si hay comida en el paquete. Su madre desea que la tierra la trague, que las plantas carnívoras le presten sus dientes gelatinosos, que el pan de hoy sea efectivamente pan para mañana. El comprador espera en una de esas cafeterías de ca-

rretera que no conducen al cielo. Eliot piensa que el cielo debe ser muy parecido a las cafeterías. Hay un sobre de azúcar sobre la mesa que ocupan. Eliot lo hace suyo y vierte el contenido del sobre en una boca que también es suya. El comprador pone a la vista el dinero. Adriana entrega el paquete. El comprador olisquea la caja. Adriana siente algo parecido a la nada y vuelve a tantear el terreno para que la tierra la trague y murmura nos vemos. El comprador dice nos olemos. En este punto con aroma a despedida, Adriana y Eliot desaparecen del cuento. Como si se los hubiera tragado la tierra. El comprador cree estar en el cielo, pero está en el cuarto de baño. Abre el paquete. Una braga manchada de orina. Una braga manchada de sangre. Un par de bragas manchadas de flujo vaginal. Se escuchan truenos, pero no llueve. ***Informe Goodbye***. La palabra, dice el androide, comunica un punto de vista en un universo de posibilidades infinitas. El puente, si nadie lo hace cachitos, comunica dos puntos equidistantes. La religión, si se reza como Dios manda, comunica la visión/misión/inspiración divina. <<¿Y la cultura?>>, pregunta el niño del futuro mientras ajusta alegremente, con el dedo pulgar, una anomalía en su corazón de cobalto. La cultura los protegía a todos de la ausencia. Adiós. <<Adiós>>. ***Informe sobre la inmortalidad***. Un hidrozoo de medio centímetro, la *Turritopsis nutricula*, biológicamente inmortal. Sus células rejuvenecen, vuelven al estado de pólipo. Los humanos

del futuro modificaron el proceso en sus diminutos cuerpos, como recitar un poema y que las estrellas aplaudan. Nacías en una cápsula aséptica que daba grima, todo hay que decirlo; y rezabas a los dioses de los primeros hombres para que la Placenta Apache necesitara lectores. Solo, en la inmensidad, sin nadie a quien abrazar. Luego, un androide con cara de tostadora te conducía a la inmortalidad: una burbuja sideral en la que no cabía tu sombra. Y te ponías a leer informes del pasado. Y no llorabas porque no tenías lágrimas. ***Informe sobre el olvido***. Gustaba de olvidar los libros de sus autores fetiche. Empezarlos y terminarlos y volverlos a empezar sin recordar de la misa la mitad. Imaginaba que el padre de padres le había regalado el don del sobrecogimiento infinito. Le gustaba pensar que las montañas eran carritos de helado. Le gustaban los días tristes en verano porque le recordaban a los días más felices del invierno. Le importaba muchísimo el deshielo en la Antártida. Le asustaba el silencio del universo. Le asustaba E.T. En realidad, le asustaba pensar que olvidaría montar en bicicleta bajo la luna llena. Le asustaba ver aquel objeto extraño ahí arriba y no saber qué decir. Había olvidado el nombre de todas las invisibilidades. Había olvidado el arco iris, la sed. Había olvidado cortarse las uñas. A menudo se preguntaba si éstas no estaban hechas con la misma materia de las estrellas. Andaba descalzo los días impares. Se partía de risa frente al espejo, mirando a ese tipo en pelotas pe-

llizcarse los brazos. Recordaba haber sido niño. Un niño travieso. Recordaba el primer beso. Puede que fuera el último. ***Informe sobre los viajes al pasado***. Soñaste con un 600 bárbaro, rojo amanecer en Marte, de hélices extraordinarias y mandos incomprensibles a los que aferrarse. Pero uno siempre despierta y se da cuenta de que contar los sueños produce somnolencia. Y que un 600 sirve para joder pero no para viajar en el tiempo. Y te bajas del 600 porque estás despierto y tienes complejo de sardina en lata. ¡Y vaya por Dios! Estás en medio de una entelequia y un androide con boina y chaqueta de espía anda hacia adelante pero retrocede entre dunas que desandan hasta perderse en la tormenta. <<Acompáñame>>, dice el androide. Crees que el corazón se va a tirar por la borda que es tu boca de Mar de Aral. Te habla del fin del mundo, de no sé qué puerta que conduce al mundo donde nadie habla. Sobrecogido, eliges quedarte en el presente, donde nunca has vivido. ***Informe sobre el pasado futuro***. Lo habían conseguido. Hacía años que podían viajar al futuro y retroceder al pasado. Stephen Hawking fue el precursor. Los agujeros de gusano o puentes de Einstein-Rosen. También un diario inédito del matemático Ramanujan. Escaleras de ciempiés, agujeros de gusano enrollándose sobre sí mismos para volver a nacer, como hermosas mariposas estelares.

La máquina del destiempo

Yo soy de otra época,
de una época que nunca existió.

J. Sbarra

El programador me dice que todo lo que tengo que saber está en el módulo funeral de las historias jamás contadas. <<Anomalías cósmicas codificadas>>, susurra a lo lejos con la voz de Ian Curtis. Tengo que concentrarme. Como si estuviera arañando la noche en el cuerpo de mi primer amor. Accedo a la Placenta Apache. He engañado a las arañas camuflándome en la nada, es decir, pensando que realmente soy la nada. Cuesta acostumbrarse, pero cuando uno lo hace, el pensamiento deja de pertenecernos. Las arañas también se han camuflado. ¡Las neuronas espejo se llaman así por algo! Pasaré veintinueve días leyendo informes sobre mis pesadillas. Día 30. Viajé a aquel maravilloso verano de 1996. Me presenté frente a mí. Creo que mi yo de entonces se orinó encima. En cualquier caso, nunca lo admitiré. Recuerdo que no dejaba de pensar en el robot de rostro humano. <<Los alucinógenos te hacen ver cosas, a veces cosas chulas, no sé, como una tía buena chupándote la polla, y otras, no tienes polla, según te pete el *tripi*, hermano>>, dijo el famélico quinqui que nos había rulado las pastillas a cambio de no partirle las piernas. El tipo

estudiaba historia urbana en la Universidad Desconocida. *Criptografía de las alcantarillas*, *Arte ciencia del grafiti* y *Teoría de la reducción del lenguaje*, eran sus asignaturas favoritas. Apenas hubo leído sus nombres, creyó ser víctima de un flechazo. Una especie de flashback, algo mágico, como un sueño en el que te pellizcas y te arrancas un brazo. La Universidad Desconocida aún estaba en planos; restaban meses, años, para colocar la primera piedra. Estaría en juego la posteridad de una idea, la epistemología en los límites de la experiencia… Meterían la piedra dentro de una urna, soñolientamente, con todo el cariño que se le puede conceder a un objeto desconocido. Acto seguido, una docena de palomas blancas de cuello negro (ese mal que nos sobrevuela), desplegaría sus alas. Un desconocido diría: *Llueve, llueve sobre nosotros*. Un grupo de desconocidos se limpiarían los unos a los otros con todo el cariño que se le puede conceder a un desconocido. Otro desconocido, tan inexistente como estas palabras, se quitaría la ropa para sentir la lluvia aporreando su piel. Un imbécil al que todo el mundo conocía, diría que la lluvia es una amalgama de lágrimas, y que las lágrimas son insonoras si uno llora con la ternura adecuada. Pero las avionetas hacen ruido, y vuelan, mucho más alto que los meteoritos de paloma, y pueden desplegar pancartas blancas, con letras negras en Time News Roman y tamaño archiconocido en la lejanía: *Universidad Desconocida: la mejor universidad de la vida.*

Durante el cóctel y antes de abandonar el lugar desconocido, los asistentes beberían hasta saciar su sed de conocimiento, y el rector, un anciano en silla de ruedas que daba la mano como si unas botas militares embarradas malamente cubrieran sus desleídas falanges, aprovecharía el entreacto para narrar, en tercera persona, sus atracos en librerías y bibliotecas. El germen de la metafísica en la Universidad Desconocida. Aquella aparición, efímera pero brutal, percibida como real a través de mis sentidos, estaba, probablemente, relacionada con los *tripis*. ¿Y si la solución más sencilla en igualdad de condiciones con el resto de soluciones era tan falsa como improbable? ¿Cómo explicar, entonces, lo inexplicable? ¿Cómo borrar de mi memoria el rostro humano de aquel robot espectral? ¿Cómo olvidar mi rostro? Estaba más viejo. Chupado, calvo, inexpresivo; pero era yo, uno nunca olvida el color, la geometría de sus ojos. Esas cosas no se olvidan, pueden ocultarse, pero también rastrearse. Recuerdo que intentaba decirme algo. No podía escucharlo. Me enseñó una fotografía. Era un niño, de no más de doce años. De fondo sonaba *Scenario de A tribe Called Quest* a todo trapo. El androide se fue acercando a mí. Le costaba un universo levantar los pies metálicos del suelo. ¿Eran pies metálicos? De repente, apareció Bentor con una copa de whisky en cada mano. Me pasó una copa y me dijo que la próxima ronda tocaba doble y pagaba yo. El androide me guiñó el ojo. Sentí una descarga eléctrica

recorriéndome la espina dorsal, como si un rayo me partiera en mil pedazos. Como ahora, con unas ganas terribles de ahogarme en un barril de whisky, y rodar, y beber, y rodar hasta chocar con otro barril y volver a beber hasta creer en el desdoblamiento temporal. El corazón, PUMPUMPUMPUMPUM. Oía los disparos de adrenalina. Los pelos, erizados. La piel blanquecina; las manos, frías, pantanosas. Los ojos como pozos. Tenía el pantalón mojado. Corté por lo sano con la navaja de Ockham. Estoy alucinando, me dije. Bebí un trago, encendí un cigarrillo. Le pregunté a Bentor si podía verlo. Preguntó a quién. Le dije que a él, señalando al androide con el índice helado, como si hubiera tocado un iceberg y ya no hubiera forma humana de despegarlo de mi dedo. Me dijo que no estaba bien hacer chistes racistas en el Soul Train (templo del soul y el hip-hop). Que ya lo habíamos hablado. Entonces lo supe, sólo yo podía verlo. Creo que aquella noche me oriné encima. Puede que alguien derramara su copa. Antes de marcharse, el androide me enseñó de nuevo la fotografía. Efectivamente, me oriné. Señaló al niño, a su mano derecha, que blandía una pistola. Sí, una de esas pipas que hacen pupa. Y dibujó una X en la mano derecha del muchacho. Y me guiñó el ojo. Y quise morirme pero sólo cerré los ojos. ¡Yo no quiero una máquina del tiempo! ¡Quiero una pausa! ¡Módulos funerales de historias jamás contadas! ¿A quién diablos se le ocurrió? ¿A quién demonios le hablo?

¿A ti? ¿A mí? ¿A él? ¿Hay alguien ahí? Asúmelo. En el futuro eres una aspiradora del montón. Absorbe el vomito. Deja de sentirte como un humano. Fluye. No, así no. El vomito debe estar en su compartimento de aislamiento. Déjalo estar. Haz tu trabajo. Limpia los errores aleatorios individuales de la conciencia colectiva. Sí. En la Placenta Sioux. Sí, como si la expresión: no hubiera mañana, no existiera. Deshazte de los pensamientos impuros como si no hubiera ayer. No puedes escapar de ti. Asúmelo. Fuiste salvado por una sola razón: limpiar las impurezas mentales de toda esta gentuza. Ahí están, tan ricamente, levitando en sus burbujas; contemplando sobrecogidos la vida de los últimos hombres. Llorando a mares siderales. No. Los seres humanos del futuro no lloran. Ya me encargo yo de comerme esta plomiza, extraña y cercana lluvia sin tacto. Da exactamente igual lo que quiera. La máquina del tiempo no me sirve. Puedo llegar hasta el punto inicial, es decir, verme nacer, crecer, reproducirme y casi morir. Un mero observador. Una mirilla en una puerta derribada a cabezazos. El primer androide aspiradora de la historia, aquel que mata el tiempo reviviendo imposibles, limpiando anomalías de seres que jamás conoció. Puedo ver cada segundo de tu vida. Permanecer inmóvil como una sombra. Y si eso no es poesía, hijo, que me parta un rayo. Ya no hay rayos. ¡Qué me parta la muerte a polvos! Ya no hay sexo ni muerte. ¡Qué me parta un relámpago metafórico! Siempre hay

uno atravesándonos el alma para que nuestra carne no se pudra antes de tiempo. <<Los seres humanos siempre confundieron a los dioses, a los fantasmas, a los ángeles, a los duendes y otras formas mágicas del caos… (risa prolongada, de armónica mojada, cómica, cósmica). Sólo eran criogenizados experimentando un ataque de pánico o melancólicos del tres al cuarto o simplemente poetas que nunca escribieron un maldito poema>>. Hablo solo desde hace tanto. ¡Pégame un tiro, maldita sea! ¡Sé un hombre de una puñetera vez! ¡Deja de esconderte en las celdas de mi cabeza! Sólo quiero descansar. ¡Morir, joder… morir! <<No seas aguafiestas. Me has hecho doce mil setecientas diecinueve preguntas. Es mi turno. Fue por Benedetti, ¿verdad?>> ¿…? <<Mi nombre, me lo pusisteis porque mamá ganó la apuesta. Tú preferías a Roberto. Te chiflaba el chileno de pelo ensortijado, gafas horteras y agudeza sobrehumana. Pero ganó el poeta de Montevideo. Mamá admiraba la hondura de aquel hombre hecho de utopías. Tú decías que era marica. Mamá se partía de la risa. Recitabas sus poemas de memoria cuando aún te masturbabas con revistas de lencería. Como diría Bolaño, hay momentos para escribir poesía, y hay momentos para boxear. Ahora, papá, es momento de partirle la cara a la realidad>>. Modifiqué el pasado. Ese fue, es, y será mi pecado. Observar. Nada de interactuar. Esas eran las reglas, las instrucciones, la puta manzana de Adán. Recuerdo al chino, desfigurado por bailar sin ritmo

bajo la lluvia ácida, apuntando a mi hijo con una ametralladora. No hay nada peor para un padre que morir antes que un hijo. El chino gritaba. Levanté las manos, lentamente. Wittgenstein me rodeaba. Restregaba su cuerpo contra mi miedo. Con una voz gutural que nunca escuché, puse el grito en el universo: ¡Coge la del cabrón de Alfaguara y pégale un tiro a esa rata! Mi pequeño hombrecito recordaba la historia sobre el androide. Aquel ser luminoso que me hubo enseñado la foto de mi pequeño astronauta, cuando yo era un mocoso que jugaba a ser un hombre atemporal en el Soul Train. <<La empuñadura negra, papá, como la mano del diablo o como los ojos infinitos de Dios>>, me dijo deteniendo el tiempo con los ojos inyectados en sangre. Debo admitirlo. Sólo necesitaba escribir y follar para sentirme inmortal. Y luego, tú. Siempre tú. Geometría de mi vacío. El más brillante prestidigitador de mi conciencia. Todo. Nada. Ahora es imposible definir qué es el ahora. Ahora, ¡eres un programador conectado a una aspiradora! ¡Hijo del amor hermoso! ¡Producto inhabitable de mi eyaculación precoz! ¿Cómo deshacer lo que nunca fue? He visto a Wittgenstein, hijo. Trabaja como corrector de humedad capilar. Le gustaba rascarse, supongo que es feliz. No sé qué decir. <<Lo sé>>. <<Hecho de menos a mamá>>. Lo sé. Te quiero en todos los tiempos, hijo mío. <<Ya no existe el tiempo, papá>>.

Históricamente, el siete ha sido siempre un número mágico, de la suerte. Siete son los planetas clásicos, los dones del espíritu, las afortunadas vidas de un gato. En Siete Pisos no somos supersticiosos, pero sí afortunados de que a sus manos haya llegado este ejemplar de *En el futuro los coches no vuelan*, que podrá llevar siempre consigo para leer y releer, que terminó de imprimirse en marzo de 2019, en los talleres de Estugraf Impresores, en Ciempozuelos, Madrid.

~